
ARTÍCULOS

MARCOS ARRÓNIZ: UNA RESPUESTA A LAS VISIONES DE ALTERIDAD DE VIAJEROS EXTRANJEROS SOBRE MÉXICO Y LOS MEXICANOS.

Lilián Illades

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

lilianillades@gmail.com

Resumen: En 1858 se publicó el primer manual del viajero en México elaborado por un mexicano, cuyo nombre era Marcos Arróniz. En el escrito siguiente, se analiza el entorno familiar del autor y el contexto histórico que le tocó vivir; asimismo, se analiza su magna obra, en la que subyacen los elementos constitutivos de la identidad nacional y del *ethos* de los mexicanos. Para ello, el autor, al atisbar en el pasado de México y su presente al momento de escribir el libro, abrió diversas ventanas al público lector mediante las que mostró las riquezas de la capital del país y las que guardaba la historia de su pueblo. El joven poeta, quien formó parte del romanticismo que surgió y se afianzó en el país como corriente literaria, ofreció en su obra espacios y nuevas dimensiones para observar, entender y apreciar a su patria, la cual había sido denostada en las visiones divulgadas por algunos viajeros extranjeros.

Palabras clave: Viajeros, libros de viaje, Marcos Arróniz del Conde, México, literatura decimonónica, romanticismo.

Title: MARCOS ARRÓNIZ: A RESPONSE TO ALTERNATIVE VISIONS OF FOREIGN TRAVELERS ON MEXICO AND MEXICANS.

Abstract: In 1858 the first travel handbook about Mexico was written by a Mexican citizen named Marcos Arróniz. In this article, I analyse his family environment and the historical context; besides, his great work is explored, in which the constituent elements of the national identity and the *ethos* of the Mexicans lie. To do this, the author, when looking in the past of Mexico and his present at the time of writing the book, opened several windows to the public readers through which he showed the wealth of the capital of the country and its cultural heritage. The work of the young poet, who was part of the cultural movement of Romanticism offered spaces and new dimensions to observe, understand and appreciate his country, which had been reviled in the visions disclosed by some foreign travelers.

Keywords: Travelers, travel books, Marcos Arróniz del Conde, Mexico, nineteenth-century literature, romanticism.

1. Introducción

La centuria decimonónica transcurrió como un siglo de profundos cambios tanto en el viejo como en el nuevo continente. Las sociedades europeas fueron forjadoras

Recibido: 14-11-2018

Aceptado: 10-12-2018

Cómo citar este artículo: ILLADES, Lilián. Marcos Arróniz: una respuesta a las visiones de alteridad de viajeros extranjeros sobre México y los mexicanos. *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* [en línea]. 2019, n. 22. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

de Estados nacionales, mientras que en América, las posesiones españolas se emanciparon de su metrópoli erigiéndose como Estados soberanos que se abocaron al complejo y largo proceso de construcción de sus naciones.

Previo al inicio de las guerras de independencia de la América Hispánica, ésta fue visitada por el erudito Alejandro von Humboldt, quien en el excepcional *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, publicado en París en 1811, plasmó las múltiples potencialidades económicas que ofrecía el suelo novohispano, en virtud de sus inconmensurables recursos naturales. Desde aquella expedición, trotamundos de diversas naciones europeas y estadounidenses visitaron el impoluto mundo que en su imaginario representaba el México descrito por el barón prusiano, empujados por intereses, propósitos, ópticas y motivaciones de carácter colonizador, científico, político, diplomático, industrial, comercial y artístico, adentrándose en la diversidad natural y cultural del territorio y su sociedad. Fue así como el siglo XIX se convirtió en el espacio temporal en que se realizaron numerosos trayectos de viajeros que favorecieron la libre circulación de saberes entre Europa y América. Pasada la primera mitad de la centuria se habían publicado poco más de tres decenas de textos que plasmaban, a través de diversas formas de narración –cartas, diarios, relatos, crónicas, pinturas, litografías, etcétera– las experiencias, reflexiones, impresiones y vicisitudes de los diferentes tipos de viajeros que visitaron México.

El estudio de la literatura de viajes que se ha realizado en México ha sido abordado desde diversas disciplinas y se ha centrado especialmente en la mirada que sobre el país y sus habitantes legaron los forasteros a través de sus escritos. Otras investigaciones se han enfocado a analizar los textos de mexicanos que visitaron el extranjero. En el caso particular de los viajeros oriundos de México fue primordial aprender del vecino del Norte y descifrar al proverbial occidente europeo más allá de España. En consecuencia, mientras los viajeros extranjeros se detuvieron en el pasado que presentaba México, los viajeros mexicanos miraban el futuro en otras naciones.

Dentro de la copiosa bibliografía de la literatura de viajes existen dos tipos de libros que se popularizaron en el siglo XIX con el desarrollo de la imprenta y cuyo fin era facilitar los recorridos de los andantes; aquellos textos fueron las llamadas guías de forasteros y las de viajeros. Las guías de forasteros eran publicaciones periódicas, dispuestas en forma de directorio, por ello estaban organizadas en apartados temáticos para su práctico manejo: informaban acerca de las autoridades civiles y religiosas de un lugar, de profesionistas e instituciones, aunque la mayor parte de ellas se destinaba a proporcionar un inventario de las actividades económicas, los servicios y lugares de interés con los que contaba una población.

La primera guía de forasteros publicada en la América Hispánica la imprimió en 1761, en la Ciudad de México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, quien en 1774 obtuvo la autorización real como impresor oficial de un calendario anual y de la guía que lo acompañaba, emulando a la *Guía Oficial de España*¹. El último calendario unido a la

¹ ÁNGELES ESCOBAR, N. [et al.]. Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la ciudad de México. *Revista Investigación Bibliotecológica*. 2009, v. 23, n. 47, p. 96; LAMADRID, A. A. Guías de forasteros y calendarios mexicanos en los siglos XVIII y XIX,

guía de forasteros para la capital del país apareció en 1822 y fue editado por Mariano de Zúñiga y Ontiveros, quien heredó la merced real que le había sido otorgada a su padre. Durante las tres décadas siguientes, diversos impresores publicaron sólo calendarios y en 1852 vio la luz la primera guía de forasteros, que a diferencia de las anteriores no incluyó calendario. La guía fue preparada por el general, político y diplomático Juan Nepomuceno Almonte y dos años más tarde el librero e impresor Mariano Galván Rivera publicó su propia guía².

La variante entre las guías de forasteros y los manuales o guías de viajeros es que estos últimos, además de contener la descripción de los servicios que ofrecía una población, se enfocaban a proporcionar un panorama general del lugar sobre el que discurrían, aportando información útil, compendiada y de fácil comprensión. Las guías de viajeros incluían aspectos históricos y culturales, por ello, dichos textos podían ser de interés tanto para visitantes como para lectores que no se desplazaban.

En 1857 y 1858 se editaron dos inapreciables manuales. Uno trató sobre el país, en tanto que el otro discurrió acerca de la capital mexicana y sus alrededores. El primero de ellos, bajo el título de *Manual de geografía y estadística de la República Mejicana*, lo elaboró el joven Jesús Hermosa, geógrafo aficionado y escritor. El propio autor situaba su obra como pionera en las disciplinas enunciadas en el título, al abordar las características geográficas, datos sobre población, economía, historia y más del país en su conjunto. También incluyó las singularidades que presentaban cada uno de los estados y territorios constitutivos de la República. Para Hermosa, la estadística se erigía como pilar de la política, de la economía política y de la grandeza de los pueblos³. El compendio “[...] cumplió ampliamente con el objetivo de dar a conocer algunas de las particularidades de México [...] y tuvo inmediato éxito editorial”⁴.

El segundo manual fue publicado por otro joven, el poeta Marcos Arróniz; entre otros méritos, este compendio se distingue por ser la primera guía de viajes sobre México escrita por un mexicano⁵. El autor escogió un largo título que reza así: *Manual del viajero en Méjico ó compendio de la historia de la ciudad de Méjico, con La descripción é historia de sus Templos, Conventos, Edificios públicos, las Costumbres de sus habitantes, etc., y con el plano de dicha ciudad*.

Arróniz, además de plasmar su visión sobre lo que consideraba propio de su país y de su gente –sustentándose en la historia y cultura milenaria de la población

existentes en la Biblioteca Nacional de México. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*: Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, pp. 9-135; ESPARZA LIBERAL, M. J. Los calendarios mexicanos del siglo XIX, una publicación popular. *Boletín de Monumentos Históricos*. 2010, n. 18, p. 133.

² LAMADRID, A. A. Guías de forasteros. Op cit., pp. 24, 37 y 40.

³ HERMOSA, J. *Manual de geografía y estadística de la República Mejicana*. París: Librería de Rosa, Bouret y C^{ía}, 1857, pp. VI-VII.

⁴ PEÑA, S. de la, WILKIE, J. *La estadística económica de México: sus orígenes*, México: Siglo XXI Editores; Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1994, p. 69.

⁵ MARTÍNEZ ANDRADE, M. El Manual del viajeros de Marcos Arróniz. *Literatura Mexicana*. 2011, n. XXII.I, p. 94.

prehispánica–, posteriormente novohispana y en aquel entonces recientemente mexicana, incluyó información práctica acerca de la capital del país y de otros puntos de la República que consideró relevantes– se dio a la tarea de escribir un elaborado texto con el propósito de mostrar su disenso acerca de las representaciones confeccionadas por algunos viajeros extranjeros acerca de México y los mexicanos, cuyos juicios y críticas le parecían infundados. Por lo anterior, su manual constituye una respuesta a las visiones de alteridad que en torno a México habían difundido algunos visitantes foráneos.

Si bien es incuestionable que los viajes permitían a unos observar el estadio de civilización de otros y los ambientes naturales en que las diferentes culturas habían germinado, también es innegable que muchos viajeros decimonónicos escrutaron y compararon al país a partir del estado de progreso material, social, político y cultural que guardaban sus naciones de origen. La mayoría de los visitantes que dejaron testimonio sobre su estancia en México provenían del Viejo Mundo y con el lente de sus propias culturas posaron su mirada sobre el recién descolonizado Nuevo Mundo, del cual llegaron a emitir demoledores juicios.

El propósito de Arróniz fue identificar el *ethos* de su patria para ilustrar a viajeros nacionales y foráneos acerca de los baluartes que dieron origen y sustento a la nación, para que situaran en su justa dimensión a México y a sus habitantes y no lo presentaran como el país y pueblo salvaje, exótico y extraño que describieron el inglés William Bullock, quien visitó México en un par de ocasiones, 1822 y 1825⁶, y el conde de origen austriaco Isidore Löwenstern, cuyo viaje lo realizó en 1838⁷. En contrapartida, el poeta español José Zorrilla escribió “[...] yo he encontrado en México muy poco malo para tanto bueno, al contrario que Lowenstern y Chevalier, que hallaron tan poco bueno para tanto malo [...]”⁸.

El texto que a continuación se desarrolla tiene, por una parte, la intención de desentrañar los lazos familiares de Marcos Arróniz con el fin de subsanar las imprecisiones que existen relacionadas con su nacimiento y deceso, así como esclarecer vaguedades acerca de la familia a la que perteneció; por otro lado, se analizará el manual que preparó para los viajeros, voluminoso por su contenido y amplio por la temporalidad histórica que abarcó.

Cabe advertir que no siendo el propósito de este estudio, la obra poética de Marcos Arróniz no será tratada. Su vena artística ha sido recopilada, analizada y publicada por reconocidos literatos que se han abocado a examinar el romanticismo que caracterizó a su obra y la república literaria de la cual formó parte. Igualmente, privó la opinión de que Arróniz fue uno de los tres poetas más importantes del romanticismo mexicano⁹, corriente que tuvo su apogeo entre 1836 y 1867.

⁶ COSTELOE, M. P. El panorama de México de Bullock/Burford, 1823-1864: historia de una pintura. *Historia Mexicana*. 2010, vol. LIX, n. 4, pp. 1207-1208.

⁷ PIERINI, M. Un viajero austriaco en México. Los Recuerdos de Isidore Löwenstern (1838). *Literatura Mexicana*. 2003, vol. 14, n. 2, p. 9.

⁸ ZORRILLA, José. *La flor de los recuerdos*. Madrid: Imprenta del Correo de España, t. I, 1855, p. 527.

⁹ FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. En: CLARK DE LARA, B. y SPECKMAN GUERRA, E. (eds.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México*

2. Familia Arróniz del Conde

El compositor de aquella romántica estampa sobre México respondía a un nombre tan largo como la Cuaresma. Fue bautizado como Marcos Loreto María Manuel José Trinidad Francisco de Asís Francisco de Paula Agustín Ignacio Adriano, y portaba los apellidos Arróniz del Conde; era natural de San Miguel el Grande (actual San Miguel de Allende), Guanajuato, y fue llevado a la pila el viernes 8 de septiembre de 1826 por sus padrinos Ramón Martín y María Luisa Conde¹⁰, quien presumiblemente era su tía materna.

El menor recibió el agua, el óleo y el crisma el día de la Natividad de la Virgen y de San Adriano de Nicomedia, de ahí que le impusieran los nombres de dos de los festejados de esa jornada: María y Adriano. Como solía suceder, los niños eran bautizados con el nombre del santo patrón que caía el día de su bautismo o de su alumbramiento, y dado que en el siglo XIX el periodo de bautizo era de una semana en promedio, se puede inferir que Arróniz vio la luz el día de San Agustín, 28 de agosto, santo del cual también portaba su nombre y el más popular dentro del tiempo acostumbrado. El resto de nombres impuestos al menor, en donde estaban incluidos el primer nombre de su abuelo materno, los dos de su padre y el primero de su madre y abuela paterna, estaban alejados en el santoral de su probable fecha de nacimiento y debieron obedecer a devociones y tradiciones particulares de la familia.

El infante fue el primogénito del matrimonio formado por José María de Arróniz García y María del Carmen del Conde. Él era natural de Orbiso, población perteneciente a la provincia de Álava dentro de la jurisdicción del obispado de Calahorra. Ella era oriunda de San Miguel el Grande. Los abuelos paternos del recién nacido fueron don Pedro Arróniz, difunto cuando su nieto fue bautizado, y doña María García Gastón. Por el lado materno, los abuelos de Marcos Arróniz fueron don Marcos Antonio Conde y doña Juana Petra Ybarrola, también difunta en ese entonces. José María y María del Carmen habían contraído matrimonio seis años atrás, el 7 de junio de 1820. Ambos eran vecinos de la ciudad de Querétaro al celebrar su boda. De él se asentó su domicilio en la calle del Biombo (actual Avenida 5 de mayo), de ella se dijo que era doncella española¹¹. Se desconoce si la pareja

decimonónico. Vol. III. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 131- 147; CAMPOS, M. A. Estudio introductorio y compilación. En: ARRÓNIZ M. *La lira rota*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

¹⁰ Partida de bautismo, Archivo de la parroquia de San Miguel Arcángel de San Miguel el Grande (APSMASMG), Guanajuato, *Libro de bautizos*, f. 141 fte. Quienes se han acercado a la figura de Marcos Arróniz, sea en profundidad o de manera tangencial, han seguido la biografía que sobre el poeta publicó en 1929 Ignacio B. del Castillo, éste deduce que aquél nació en Orizaba, Veracruz, y lo hermana con el político, historiador y periodista cosamaloapeño Joaquín Arróniz Fentanes, pero en los escritos de éste no se puede entrever siquiera una posible relación de parentesco o alguna mención a que ambos fueran veracruzanos. Por otra parte, el escritor Francisco Pimentel, amigo de Marcos Arróniz, señaló que éste era de Orizaba. FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., pp. 131, 135-136 y 139.

¹¹ Previo al decreto de 1822, en los padrones de población y parroquiales, se etiquetaba como españoles a la población blanca. Partida de matrimonio. Archivo de la parroquia de la Divina Pastora (APDP), *Quaderno de Casamientos de Españoles en esta Parroquia dela Divina Pastora de*

continuó viviendo en Querétaro después de casarse o de manera inmediata se mudó a San Miguel el Grande.

Entre el nacimiento de Marcos y su hermana Justina transcurrieron tres años, no se puede precisar en qué momento de ese periodo la familia se trasladó a España. Viviendo en Sevilla, en el año de 1829, nació la segunda hija del matrimonio Arróniz del Conde¹². Dos años más tarde, la familia estaba de vuelta en México residiendo en San Luis Potosí, ciudad donde nació el hijo menor del matrimonio, de nombre Abraham, quien vio la luz el 16 de mayo de 1831¹³. Por los años de nacimiento de los hermanos menores, se deduce que Marcos no debió haber vivido en el viejo continente más allá de un lustro, suponiendo que emigró al poco tiempo de su alumbramiento y retornó previo al nacimiento de Abraham. El joven escritor dejó testimonio de su estancia en la patria paterna, al evocar que sus “[.] primeras palabras infantiles se llevaron las apacibles brisas de la España y en cuyo noble y hermoso suelo se estamparon [sus] primeros pasos de niño vacilante [...]”¹⁴.

El padre de los hermanos Arróniz era comerciante y se instaló con su familia en la Ciudad de México en el año de 1842, donde se educarían los vástagos. Esto se desprende de las respectivas informaciones matrimoniales ofrecidas por Abraham y Justina, quienes mencionaron los domicilios que la familia ocupó. Ambos hermanos coinciden en los tiempos y su ubicación, pero de manera puntual Justina declaró, en 1854, haber sido vecina de la ciudad hacía 12 años¹⁵. En la capital Justina y Abraham formarían sus respectivas familias enlazándose con prominentes linajes asentados en la capital. Marcos fue el único de los tres hermanos que, hasta donde se sabe, no contrajo matrimonio.

Por los domicilios anotados, se sabe que Marcos Arróniz y su familia habitaron el corazón de la ciudad. En el tiempo en que el poeta escribió el *Manual del viajero...* acotó que la calle de la Joya (cuarta calle de la actual Avenida 5 de Febrero) se distinguía por sus panaderías, y acerca de la calle de Moneda reseñó que en ésta se encontraba la Administración de Correos, dirigida en aquel entonces por Guillermo Prieto. Moneda ha sido considerada la más hermosa calle del Centro Histórico de la Ciudad de México, está ubicada en el costado derecho de la entrada principal del Palacio Nacional. Esa arteria sirvió para albergar el Palacio del Arzobispado, la Real Universidad de México, la Real Casa de Moneda, la Academia de San Carlos, la

Querétaro, desde el día de su creación y posesión de su primer cura el Br. Dn. Manuel José Cavallero y Rincon que se verificó el día Trece de Enero del año de 1806, f. 119 fte.

¹² Partida de matrimonio. Archivo de la parroquia del Sagrario de la catedral de México (APSCM), 17 de marzo de 1854, f. 96 vta.

¹³ Partida de matrimonio. APSCM, 13 de abril de 1853, f. 96 vta.

¹⁴ ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858, p. 160.

¹⁵ Información matrimonial. APSCM, marzo de 1853, número 48, s. n. f. Información matrimonial. APSCM, 2 de marzo de 1854, número 70, s. n. f. Marco Antonio Campos consigna como primer dato acerca de la presencia de Marcos Arróniz en la capital el año de 1845, fecha en la que obtuvo el segundo premio relativo a un concurso del idioma inglés, ofrecido por el Colegio de Minería, donde Arróniz estudiaba como alumno externo. CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 13. En la biografía que escribió Irineo Paz sobre Abraham Arróniz, señaló que éste llegó a la capital cuando tenía 11 años, lo cual fue una buena apreciación. PAZ, I. (ed.). *Los hombres prominentes de México, Les Hommes Éminents du Mexique, The Prominent Men of Mexico*. México: La Patria, 1888, p. 465.

impresión de Juan Pablos, primera de América, las Casas del Mayorazgo de la familia Guerrero de Luna y dos conventos: el concepcionista de Santa Inés y el de carmelitas descalzas de Santa Teresa. En la época en que la familia Arróniz se estableció en la capital, el centro cultural del país congregaba numerosas iglesias y conventos, bibliotecas, academias, escuelas, imprentas, librerías, teatros, abundantes tiendas de diversos géneros, hoteles, restaurantes, cafés y tabernas.

2.1. Los matrimonios de Justina, la hermana

La primera de la familia en casarse fue la mujer. Justina contrajo nupcias a una edad aproximada de 19 años con un viudo que rondaba los 36 años, quien respondía al nombre de Francisco Espinoza de los Monteros de la Pascua. A la edad de 23 años este varón se había desposado por primera vez con la doncella Luisa Cecilia de Gorostiza Castilla, de 20 años, el 3 de julio de 1835¹⁶. De este enlace, nacieron siete hijos entre 1837 y 1847, y el viudo los aportó a su segundo matrimonio, el cual debió haberse oficiado entre 1847 y 1848, ya que el 10 de mayo de 1849, Justina bautizaba a su primogénita, María Carlota Ignacia, y su marido a la octava descendiente, la cual fue apadrinada por sus abuelos maternos. La recién nacida, por la línea paterna, era nieta de don Juan José Espinoza de los Monteros y doña Josefa de la Pascua¹⁷.

Es evidente que la familia Arróniz se movió en las altas esferas sociales de la capital, ya que el suegro de Justina había firmado el 28 de septiembre de 1821 el *Acta de independencia del Imperio Mexicano, pronunciada por su Junta Soberana*. En aquel entonces, el guanajuatense se desempeñaba como abogado de la Audiencia de México, era agente fiscal de lo civil, miembro de la Junta Soberana y fue electo vocal secretario de la misma¹⁸; también fue ministro de Justicia de octubre de 1824 a abril de 1829, durante el gobierno del primer presidente de México, Guadalupe Victoria¹⁹.

El matrimonio de Justina Arróniz apenas rebasaría el lustro, ya que el 9 de noviembre de 1853 dio sepultura a su marido²⁰, con quien había procreado a tres hijos: María Carlota Ignacia, María Victoria Flavia Ignacia²¹ y Enrique. En los cuadros

¹⁶ Partida de matrimonio. APSCM, *Libro de matrimonios*, 3 de julio de 1835, f. 15 fte.-vta.

¹⁷ Partida de bautismo. APSCM, *Libro de bautismos*, 10 de mayo de 1849, f. 16 fte.-vta.

¹⁸ BRISEÑO SENOSIAIN, L. [et. al.]. *La Independencia de México. Textos de su Historia*, tomo II. México: Instituto Mora, Secretaría de Educación Pública, 1985, p. 248.

¹⁹ ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. Op cit., p. 410.

²⁰ Información matrimonial. APSC, 2 de marzo de 1854, número 70, s. n. f.

²¹ El 20 de febrero de 1875, en la iglesia de Santo Domingo de la Ciudad de México, María Victoria, a la edad de 22 años, contrajo matrimonio con el licenciado Luis G. Garfías Malavear, soltero de 31 años, natural y vecino de la capital. El enlace fue apadrinado por don Manuel Romero Rubio y doña Paz Carrera de Arróniz, tía política de la contrayente. Partida de matrimonio. APSCM, *Libro de matrimonios*, 20 de febrero de 1875, f. 7 fte. Es conveniente resaltar que el padrino, senador Romero Rubio, se convirtió seis años después de aquella boda en el suegro del general Porfirio Díaz, presidente de la República, bajo cuyo gobierno se desempeñó como Ministro de Gobernación. El matrimonio que formó la pareja Garfías y Espinoza de los Monteros engendró a Luis, militar de carrera e ingeniero geógrafo, quien se incorporó al gobierno de Francisco I. Madero, artífice de la caída de la dictadura porfirista; posteriormente, participó en el movimiento constitucionalista, siendo nombrado primer jefe del Estado Mayor del presidente Venustiano Carranza.

costumbristas dibujados por la pluma de Marcos Arróniz, dedicó uno al sepelio de las personas adineradas. El autor iniciaba mofándose de la presencia del médico y del cura en el lecho del infortunado moribundo, quienes podían hacer más leve o no los últimos momentos de vida del enfermo. Cuando éste expiraba, se daba lectura a su postrera voluntad, cuyo testamento era ansiosamente esperado por los posibles herederos. Mediante esquelas, la familia participaba el fallecimiento; posteriormente, se llevaba a cabo el acompañamiento del ataviado catafalco a su última morada. La burla de Arróniz continúa cuando se refiere al desinterés de quienes participaban en el cortejo, ya fueran caminando o encaramados en sus lujosos carruajes, pues platicaban de temas ajenos al difunto. Había quienes abandonaban la iglesia del cementerio antes de que concluyera el funeral, pretextando quehaceres impostergables. Concluida la ceremonia luctuosa, el resto de los presentes se dirigía a la morada de la familia doliente. El ajuar de la casa se cubría con telas negras y la iluminación del interior se mantenía a media luz. Una vez que las visitas desalojaban la vivienda, los deudos se guardaban durante ocho días, pasados los cuales se les veía recuperados de la pérdida y regresaban a sus quehaceres habituales. Los varones paseaban en sus caballos y las jovencitas se reincorporaban a los bailes²², mientras que “[...] la viuda sonríe á alguno de los que la visitan y echa cálculos sobre las conveniencias de la vida matrimonial, y antes de ocho meses se la ve del brazo de un hombre robusto, y que ya se titula su marido”²³.

Para Justina estaban por cumplirse cuatro meses de viudez, cuando el 2 de marzo de 1854, ante el doctor Eulogio María Cárdenas, cura de la parroquia del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana, compareció Eduardo de Gorostiza Castilla para manifestar su deseo de contraer matrimonio con ella. El interesado hizo el juramento por el que se comprometía a decir la verdad en todo lo que se le fuese preguntado. El declarante dijo tener 36 años de edad, ser natural de Cahors en el Imperio de Francia, vecino de la Ciudad de México desde su infancia, tenía ocho meses de haber regresado al país después de ausentarse de éste por una misión diplomática y era vecino de la villa y feligresía de Tacubaya. Declaró que voluntaria y espontáneamente, sin haber sido apremiado por persona alguna, quería contraer matrimonio con Justina de Arróniz, con quien no tenía impedimento canónico de ninguna índole para casarse²⁴.

De la información matrimonial que antecedió a la celebración del enlace de la pareja, se desprende que Gorostiza fue el Encargado de Negocios de México en la corte de España, a quien el 15 de febrero de 1853 se le concedió pasaporte para que él, sus hijos y criados pudieran regresar a México. El 17 de junio del mismo año, el gobierno y capitanía general de La Habana les autorizó a los viajeros continuar la travesía y el 28 de junio el consulado mexicano establecido en esa ciudad aprobó el viaje por la vía de Veracruz en el buque que se les proporcionara. Eduardo de Gorostiza había enviudado de la madrileña Joaquina Domínguez, quien falleció a la edad de 29 años, el 28 de septiembre de 1852, según consignaba la partida de

²² ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico, ó compendio de la historia de la ciudad de Méjico, con La descripción é historia de sus Templos, Conventos, Edificios públicos, las Costumbres de sus habitantes, etc., y con el plano de dicha ciudad*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858, pp. 158-161.

²³ *Ibidem*, p. 161.

²⁴ Información matrimonial. APSCM, 2 de marzo de 1854, número 70, s. n. f.

entierro expedida en la parroquia de Santa María la Real de la Almudena de Madrid. Le sobrevivieron cuatro hijos: Manuel Eduardo, Luisa Emilia, Vicente Francisco y María del Rosario. A su vez, la parroquia de San Miguel de la Ciudad de México expidió el certificado que hacía constar la existencia de la partida de entierro de Francisco Espinoza de los Monteros, esposo de Justina de Arróniz²⁵.

El mismo día en que Eduardo se presentó a declarar lo hizo también Justina, quien después de hacer el juramento de rigor, dijo tener 25 años, haber nacido en Sevilla, en el reino de España, ser vecina de la capital desde hacía doce años y que se encontraba viuda. Declaró vivir en el número 2 del Portal de Santo Domingo desde hacía un mes, ya que otro mes atrás habitaba en la calle de la Moneda y antes vivió durante muchos años en la calle de la Joya, en cuya casa enviudó. El primer domicilio se ubicaba en la feligresía del Sagrario, mientras que los otros dos en la feligresía de San Miguel. El resto de su testimonio fue en el mismo sentido que el de Gorostiza. Una vez ratificados sus dichos firmó su testimonio²⁶. La diligencia continuó con la deposición de los testigos de los contrayentes²⁷. Vista la información anterior y siendo considerada suficiente se procedió a amonestar a los viudos y, en virtud de que no había obstáculo alguno, se autorizó que se les asistiese en la celebración del matrimonio²⁸.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*. Por parte de Gorostiza se presentó don Antonio Morán, natural y vecino de la capital, cuya casa se ubicaba en el número 4 del Tercer Orden de San Agustín, tenía 34 años, estaba casado y declaró como profesión ser propietario. Acerca de su relación con Gorostiza dijo que lo conocía desde pequeño y que se trataron y comunicaron familiarmente y aunque Eduardo se había ido a España nunca dejaron de relacionarse de manera escrita, así como a través de la familia Gorostiza. Sabía que Eduardo estaba viudo y libre de matrimonio tanto en España como en México, y que de manera voluntaria quería contraer matrimonio y no tenía impedimentos de ninguna clase para llevar a cabo su propósito. El segundo testigo que se presentó por parte del contrayente fue Joaquín Morán, natural y vecino de la capital con domicilio en el número 7 de la calle del Espíritu Santo (actual calle de Isabel la Católica), soltero de 31 años, agricultor que declaró en el mismo sentido que el anterior, quien presumiblemente era su hermano. Después de los dos testigos presentados por Gorostiza, el tercer testigo compareció por parte de Justina y respondía al nombre de don José de Palacio, era natural de Querétaro y vecino de la capital, con domicilio en la calle de la Callejuela número 1, tenía 31 años de edad, soltero quien declaró ser comerciante. Dijo conocer a Justina desde hacía doce años y que se comunicaba con ella con frecuencia e intimidad en la feligresía de San Miguel y desde hacía dos meses en la del Sagrario, le constaba de vista que era viuda de Francisco Espinoza de los Monteros a quien el testigo trataba con familiaridad. A decir del deponente, Justina no contaba con impedimento alguno para contraer matrimonio. El cuarto y último testigo fue don Mariano de Palacio, quien al igual que el anterior era natural de Querétaro y vecino de la capital, compartía con su hermano el domicilio, era comerciante, estaba casado, contaba 32 años y lo vertido en su comparecencia coincidió con la de su hermano.

El año anterior, estos mismos testigos se presentaron para que sus deposiciones se integraran a las informaciones matrimoniales de Abraham Arróniz; sin embargo, en aquella ocasión José declaró ser natural y vecino de la capital del país y tener 28 años, y para el matrimonio de Justina testificó ser natural de Querétaro, vecino de la Ciudad de México y contar con 31 años, cuando entre uno y otro matrimonio transcurrieron solamente 13 meses. Información matrimonial. APSCM, marzo de 1853, número 48, s. n. f.

²⁸ Información matrimonial. APSCM, 2 de marzo de 1854, número 70, s. n. f. Un requisito establecido por el Concilio de Trento para casarse era la proclamación pública del enlace que se pretendía realizar. Las tres amonestaciones podían ser dispensadas sólo por el obispo de la diócesis y habiendo causa justificada. En el caso de la pareja, como ambos eran viudos y demostraron la

Pasadas dos semanas, el 17 de marzo de 1854, previa la conformación y despacho de dispensa de proclamas matrimoniales concedidas por el doctor Lázaro de la Garza y Ballesteros, arzobispo de México, se presentó el doctor Manuel Moreno y Jové –deán de la Santa Iglesia Catedral, consejero honorario de Estado, caballero comendador y secretario de la Nacional y distinguida Orden de Guadalupe– a las siete y cuarto de la noche en la casa número 24 de la calle del Hospicio (actual calle de República de Guatemala) para celebrar el matrimonio de don Eduardo de Gorostiza Castilla, de 33 años, con doña Justina Arróniz, en horario y lugar desaconsejados por las disposiciones conciliares. El enlace fue apadrinado por el hermano de la contrayente, don Marcos Arróniz, y la madre del desposado, doña Juana Castilla. Fueron testigos don Ambrosio Larrigui y don Ambrosio Media²⁹.

El nuevo marido de Justina, Eduardo de Gorostiza Castilla, había sido cuñado del difunto esposo de ella, ya que era el viudo de Luisa Cecilia de Gorostiza, por lo tanto, la pareja de recién casados se había relacionado en el pasado como concuños. No sería desatinado especular sobre la posibilidad de que ante la inminencia de la muerte, Francisco Espinoza de los Monteros le hubiera pedido a su cuñado Eduardo de Gorostiza que se hiciera cargo de su numerosa familia.

Eduardo contribuyó a su nuevo enlace con cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres. Ocho días antes de que Eduardo y Justina cumplieran nueve meses de haberse casado, nació el 9 de diciembre de 1854 una niña que fue bautizada el día 14 del mismo mes en la parroquia de Tacubaya, con el nombre de Justina María Carlota Juana Olaya, cuyos padres residían en el barrio de Santiago de la villa de Tacubaya. Quedó asentado que los abuelos de la recién nacida eran, por la línea paterna, el veracruzano don Manuel Eduardo de Gorostiza y la madrileña doña Juana Castilla; por el lado materno el vizcaíno don José Arróniz y la sanmiguelense doña Carmen del Conde. Según la fe de bautizo, la menor fue apadrinada por su abuela paterna y por su hermano Eduardo de Gorostiza, vecinos de la misma villa³⁰. El padrino de la menor era en realidad su medio hermano Gorostiza Domínguez, hijo del primer matrimonio de Eduardo de Gorostiza. El abuelo paterno de la recién bautizada fue el destacado militar, diplomático, político, periodista, dramaturgo, impresor y filántropo Manuel María del Pilar Eduardo de Gorostiza y Cepeda³¹.

La nueva familia ampliada Gorostiza Arróniz se componía de los cinco hijos y dos hijas de los difuntos Francisco Espinoza de los Monteros y Luisa de Gorostiza Castilla, ninguno de los cuales alcanzaba los 19 años de edad, hijastros de Justina que le fueron heredados de su difunto marido. A esta prole hay que añadir a las dos mujeres y un hombre que procrearon Justina Arróniz del Conde y su esposo. Si a

inexistencia de impedimento canónico para contraer matrimonio se les otorgó la gracia y les fueron relevadas dos de las tres amonestaciones que debían verificarse.

²⁹ Partida de matrimonio. APSCM, *Libro de matrimonios*, 17 de marzo de 1854, f. 96 vta. En la partida matrimonial fue asentada como edad de Gorostiza 33 años, aunque aparece tachada. Hay que recordar que en las informaciones matrimoniales él había declarado contar 36 años.

³⁰ Partida de bautismo. Archivo de la parroquia de Tacubaya (APT), *Libro en que se asientan los Bautismos en la Parroquia de Tacuballa comenzo el 1º de Enero de 1854*, 14 de diciembre de 1854, f. 32 vta.

³¹ MILLÁN, M. del C. Cronología de Manuel Eduardo de Gorostiza. *Tramoya*. 1999, n. 61, pp. 119-122.

esa decena se agregan los cuatro hijos que aportó Eduardo de Gorostiza Castilla de su primer matrimonio con Joaquina Domínguez, además de la niña nacida del reciente enlace entre el propio Gorostiza y Justina de Arróniz. Entre adolescentes y niños sumaban 15 descendientes de dos varones (Espinoza de los Monteros y Gorostiza) y tres esposas (Gorostiza, Domínguez y Arróniz). Se desconoce si en el momento de la boda todos los hijos e hijastros permanecían vivos. Del total, los once hijos que les dejó la viudez a los cuñados Francisco Espinoza de los Monteros y Eduardo de Gorostiza eran primos hermanos. Los siete hermanos Espinoza de los Monteros de Gorostiza tenían tres medios hermanos Espinoza de los Monteros de Arróniz, y a estos últimos les llegó una media hermana Gorostiza Arróniz, niña que a la vez era media hermana de los cuatro hermanos Gorostiza Domínguez³².

2.2. El matrimonio de Abraham, el hermano

En 1853, el hermano menor de la familia Arróniz desposó a la hija de una prestigiada familia compuesta por dieciocho hijos. El 28 de marzo de ese año, ante el cura de la parroquia del Sagrario de la catedral, compareció el general poblano don Martín Carrera Sabat, padre legítimo de doña Paz Carrera, quien haciendo uso de la autoridad que le correspondía dio su consentimiento para que su hija pudiera contraer matrimonio con don Abraham Arróniz. Enseguida, se presentó doña Carmen del Conde, legítima madre del pretendiente, quien, ante el deceso de su esposo, expresó su anuencia para que se llevara a cabo el enlace matrimonial de su hijo³³.

Ese mismo día, Abraham declaró bajo juramento ser soltero de 22 años, natural de San Luis Potosí y vecino de la capital del país desde pequeño; dijo ser hijo legítimo de don José Arróniz, difunto, y de doña Carmen del Conde. El joven agregó que era comerciante y desde hacía un año tenía domicilio en la calle de Moneda número 4 –sin duda en algunas de las dependencias del Palacio del Arzobispado de México, actualmente Museo de Arte de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Previo a su instalación en esta calle principal, Abraham había vivido durante nueve

³² Hijos de Francisco de Espinoza de los Monteros y Luisa Gorostiza Castilla: Juan Manuel Maximino, Manuel Eduardo Juan de Mata, Cecilia Luisa Gonzaga María del Rosario, María de la Paz Teodora Vicenta, Francisco de Asís Perfecto Ignacio José, Eduardo Emiliano Jacinto y Luis Juan Clímaco. Hijos de Francisco Espinoza de los Monteros y Justina Arróniz del Conde: María Carlota Ignacia, María Victoria Flavia Ignacia y Enrique. Hijos de Eduardo Gorostiza Castilla y Joaquina Domínguez: Manuel Eduardo, Luisa Emilia, Vicente Francisco y María del Rosario. Hija de Eduardo Gorostiza Castilla y Justina Arróniz Conde: Justina María Carlota Juana Olaya. Esta ligazón de familias fue descrita por Concepción Lombardo de Miramón en sus *Memorias*, quien en aquel entonces era vecina de don Eduardo Gorostiza. CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 16. Por aquel entonces Concepción Lombardo aún no se había casado con Miguel Miramón y refirió en sus *Memorias* que con la unión de Eduardo Gorostiza y Justina Arróniz la suma de los hijos de ellos dos, más los aportados por Espinoza de los Monteros ascendía a ocho. Mi investigación en archivos parroquiales me ha arrojado la cifra de quince hijos procreados por tres matrimonios en los que intervinieron dos padres y tres madres.

³³ Información matrimonial. APSCM, marzo de 1853, número 48, s. n. f. De acuerdo con Marco Antonio Campos, el padre de los hermanos Arróniz falleció a finales de 1852 y la madre en 1854, los cálculos hechos por el autor derivan de un soneto que el poeta le escribió a su padre en noviembre de 1852 y del epitafio de dos versos que hizo para su madre en 1854. CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 14.

años en la calle de la Joya, feligresía de San Miguel, y desde niño habitó en varios puntos dentro de la misma feligresía. El deponente aseguró que por su libre voluntad quería contraer matrimonio y que no tenía impedimento canónico alguno, fuera impediendo o dirimente, ya que no había entre ellos parentesco de consanguinidad ni afinidad, tampoco parentesco espiritual por bautismo, confirmación o legal, ni de pública honestidad; además no era impotente, ni estaba contagiado de alguna enfermedad que le obstaculizara cumplir con la finalidad del matrimonio, ni estaba ligado con voto de castidad, religioso o de peregrinación ultramarina. Negó estar excomulgado o en entredicho y que no tenía esponsales pendientes con nadie³⁴.

Por su parte, Paz declaró ser doncella, de 19 años, natural y vecina de la Ciudad de México, con domicilio en el número 4 de la segunda calle del Reloj (actual calle de República de Argentina) desde su infancia, dijo que era hija del general y director de Artillería, Martín Carrera y de doña María de los Ángeles Lardizábal; asimismo, manifestó ser su libre voluntad contraer matrimonio y no tener impedimento de ninguna índole para tomar el vínculo. Con base en la información que presentaron los pretendientes y al haber sido Abraham feligrés de la parroquia de San Miguel, era necesario, por disposición conciliar, publicar también en aquella parroquia la voluntad de los interesados. El 11 de abril se transmitió a la parroquia del Sagrario el resultado de las amonestaciones que se proclamaron en tres días festivos en la feligresía de San Miguel, sin que hubiera impedimento alguno para verificar el enlace³⁵. Para completar la información matrimonial, previa a la celebración del sacramento, se solicitó la presencia de dos testigos que corroboraran o contradijeran lo depuesto por el pretendiente, quien había sido vecino de una parroquia distinta a la de la pretensa. De igual manera se presentó el par de testigos de ella³⁶.

Vista la información recabada y siendo ésta suficiente se autorizó la proclamación de las amonestaciones y asistir a los contrayentes en su matrimonio. El menor de los hermanos Arróniz contrajo nupcias el 13 de abril de 1853. El bachiller don José María Rodríguez Alconedo se trasladó al domicilio de la contrayente, y a las nueve de la noche celebró el matrimonio de Abraham y Paz. Los padrinos de los cónyuges fueron la madre de él y el padre de ella. El ritual fue atestiguado por don José Ignacio Padilla y el bachiller don Rafael Guzmán. Al día siguiente, el mismo sacerdote que los casó les impartió las bendiciones nupciales durante la misa que celebró en la iglesia del Carmen³⁷.

³⁴ Información matrimonial. APSCM, marzo de 1853, número 48, s. n. f.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ Ver nota 30, relativa a los testigos de Abraham Arróniz. Por parte de Paz Carrera se presentó como testigo Juan Dorantes y Carrera, quien dijo ser natural de Querétaro y vecino de la capital del país, dio por domicilio el mismo que la contrayente, informó que era empleado, estaba casado y contaba con 33 años. Dorantes aseguró conocer a Paz desde pequeña y declaró que no había impedimento de ninguna naturaleza que le impidiera contraer matrimonio. El segundo testigo que compareció por parte de la contrayente fue Mauro G. de Guido, natural y vecino de la capital, con domicilio en la calle de Donceles número 7, como profesión declaró ser empleado, era casado y tenía 34 años; al igual que el anterior testigo, declaró conocer a Paz desde pequeña y que no tenía impedimento canónico para contraer matrimonio. Información matrimonial. APSCM, marzo de 1853, número 48, s. n. f.

³⁷ Partida de matrimonio. APSCM, 13 de abril de 1853, f. 96 vta.

El padre de la desposada era el gobernador militar y político del Distrito Federal, cargo que ocupó entre 1853 y 1855, en este último año el dictador Antonio López de Santa Anna abandonó el país ante el avance del movimiento liberal encabezado por Juan N. Álvarez e Ignacio Comonfort, quienes se levantaron en armas para poner fin a la dictadura. Al abandonar el poder, Santa Anna fue sustituido por el general Martín Carrera Sabat, cuya presidencia interina apenas alcanzó 29 días. Por esos años, Marcos Arróniz era un entusiasta admirador del veracruzano Santa Anna, quien había ocupado más veces la silla presidencial desde la independencia nacional.

Abraham se dedicó durante su juventud a la agricultura y al comercio, después fue empleado público, político, militar e impulsor de obras materiales. Se desempeñó como regidor tanto en la capital del país como en la ciudad de Puebla, fue jefe político de Atotonilco el Grande, Guanajuato, de Tulancingo y de Pachuca, Hidalgo. Impulsó la apertura del puerto de Jesús María, Tamaulipas. De manera temprana se afilió al grupo liberal, a diferencia de su hermano Marcos, quien apoyó al bando conservador. Por sus posturas políticas, Abraham fue perseguido; participó en la defensa de la soberanía nacional durante la Intervención Francesa durante la cual se le confiaron delicadas tareas. Se adhirió al Plan de Tuxtepec y luchó en la batalla de Tecuac al mando de Juan N. Méndez. Sometió en Hidalgo al cacique Soto en 1881. Se le atribuyen sus ideas progresistas a sus viajes por Europa y Estados Unidos y su propósito era implementar en México los adelantos que había observado en otros países. Cuando ocupó la jefatura política de Pachuca decidió retirarse a la vida privada y los diferentes grupos sociales, las colonias extranjeras, mineros y comerciantes acaudalados, solicitaron al gobernador del estado que no le admitiera la renuncia para que continuara al frente de la jefatura política, petición a la que finalmente accedió. Don Abraham fue descrito por Irineo Paz como “[...] afable y de un trato sumamente cortés: es persona de buenos conocimientos en los ramos de administración pública; empleado recto, concienzudo y prudente, siempre ha gozado de gran popularidad y el aprecio de todas las clases sociales”³⁸. En los últimos años de su vida, el teniente coronel Abraham Arróniz fue jefe político del Distrito Sur de Baja California, desde junio de 1900 hasta septiembre de 1902. También fue jefe político y de las armas del Distrito Norte de Baja California. El cargo lo ocupó durante poco menos de cinco meses previos a su muerte, acaecida en 1903³⁹.

³⁸ PAZ, I. (ed.). *Los hombres prominentes de México*. Op cit., pp. 465-466.

³⁹ GONZÁLEZ CRUZ, E. (coord.) *Historia general de Baja California Sur II. Los procesos políticos*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; Secretaría de Educación Pública del Gobierno de Baja California Sur; Universidad Autónoma de Baja California Sur; Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Plaza y Valdés, 2003, p. 421; WALTHER MEADE, A. *Origen de Mexicali*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 1991, p. 165; LEÓN-PORTILLA, Miguel y PIÑERA RAMÍREZ, David. *Baja California. Historia Breve* [en línea]. México: Fondo de Cultura Económica, 2016. [Consulta: 17-12-2017]. Disponible en <<https://bit.ly/2Dj1OxF>>. Falleció el 24 de marzo de 1903 en Ensenada, Baja California. PIÑERA RAMÍREZ, D. y MARTÍNEZ CEPEDA, J. *Baja California 1901-1905: Consideraciones y datos para su Historia Demográfica, Considerations and data for Its Demographic History*. México: Universidad Autónoma de Baja California; Universidad Nacional Autónoma de México; San Diego State University; 1994, p. 237.

3. La doncella de Orleans y su tiempo

Cuatro años previos a que Marcos Arróniz viera la luz, México había conquistado su independencia; a continuación, transitó por un breve gobierno imperial como primera forma de organización del naciente país, se había promulgado la primera constitución del México independiente y daba inicio el primer mandato presidencial de la inaugural república federal erigida tras el derrumbe del imperio.

Durante su corta vida, Arróniz fue testigo de la sustitución de la primera república federal por el centralismo republicano; de la primera intervención francesa al país; del desastroso resultado de la guerra que Estados Unidos lanzó contra México por lo que se perdió más de la mitad del territorio nacional; del restablecimiento del federalismo; de la instauración de la primera dictadura decimonónica; de la Revolución de Ayutla impulsada para destruir al gobierno dictatorial; de los gobiernos liberales emanados de ésta y sus primeras leyes reformistas; también presencié la promulgación de la Constitución de 1857 de marcada tendencia liberal y su posterior revocación que condujo a la Guerra de Reforma o Guerra de Tres Años. De este conflicto, a Marcos Arróniz sólo le tocó vivir su primer año.

La vida de Marcos Arróniz se extendió tan sólo por 32 años, décadas convulsas en las que transitaron como presidentes del país 26 individuos, algunos de los cuales ejercieron varios mandatos, de tal suerte que se sucedieron 46 administraciones –el caso más llamativo es el de Antonio López de Santa Anna, quien ocupó la presidencia de México en once ocasiones– y se impulsaron diversos proyectos de nación aparejados con los enfrentamientos bélicos que los apuntalaban.

Tiempo en el que Arróniz, además de crear poesía durante el periodo romántico de la literatura y del cual fue un destacadísimo exponente, hizo crítica literaria, traducciones del inglés, francés e italiano al español, escribió reseñas y también artículos. La producción de Marcos Arróniz fue publicada por diversos periódicos y revistas de la época que circulaban en la Ciudad de los Palacios⁴⁰. Una aguda visión de ese México, la proporcionó Carlos Monsiváis, al explicar que quienes formaban parte de la república de las letras a la que perteneció Marcos Arróniz:

Para sobrevivir al caos orgánico de la República que cristaliza [...] con el dictador Antonio López de Santa Ana como el símbolo y la realidad de una nación compuesta de fragmentos contradictorios, los escritores se aferran a los procesos comunitarios. Esto subraya el compromiso con la sociedad y la patria, pero a cambio libera de la soledad que multiplica la marginalidad⁴¹.

⁴⁰ Sus escritos quedaron plasmados en *Presente Amistoso Dedicado a las Señoritas Mejicanas*, *El Monitor Republicano*, *El Álbum Mexicano*, *El Siglo XIX* y *La Ilustración Mexicana*. FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., p. 145.

⁴¹ MONSIVÁIS, C. Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX". En: CLARK DE LARA, B. y SPECKMAN GUERRA, E. (eds.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. I. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 97.

Dentro de los “procesos comunitarios” que organizaron los escritores decimonónicos destacan la Academia de Letrán, cuya existencia se extendió por dos décadas, 1836-1856, y el Liceo Hidalgo, cenáculo que surgió de manera formal en 1849 y permaneció hasta 1888 con interrupciones. En ambos círculos se gestó y consolidó el romanticismo literario mexicano y su carácter nacionalista, al sentir, entender y destacar las particularidades del espíritu del pueblo mexicano y el paisaje en que había brotado. El resultado de semejante esfuerzo contribuyó a que las letras mexicanas desempeñaran un papel clave en la formación de la identidad nacional.

Entre los integrantes de la Academia de Letrán figuraron los hermanos Lacunza, José María y Juan, Andrés Quintana Roo, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Carpio, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón y Manuel Eduardo de Gorostiza⁴². Este grupo cultivó la poesía, el teatro, la novela corta y el cuento, tomando como periodo histórico desde el pasado indígena hasta la independencia nacional.

El Liceo Hidalgo, cuna del segundo romanticismo mexicano, contó entre sus miembros a Francisco González Bocanegra, Florencio M. Castillo, Francisco Zarco, Juan Díaz Covarrubias, Francisco Granados Maldonado, Luis G. Ortiz, Ignacio Manuel Altamirano y el propio Marcos Arróniz⁴³. El círculo inició dos años antes de su fundación, para ese entonces Arróniz contaba con una edad de 21 años y su poesía era reconocida por el poeta español José Zorrilla y sus compañeros de tertulias⁴⁴. Arróniz comenzó a suscribir sus poemas amorosos desde el año de 1846⁴⁵. Sus contemporáneos lo consideraban el aristócrata de los poetas. A diferencia de varios de ellos, Arróniz no participó en la función pública, no escribió teatro, cuento, ni tampoco novela larga, géneros que caracterizaron a distintos escritores que participaron en el Liceo; su marco temporal fue el pasado colonial y el turbulento siglo XIX, caracterizado por luchas intestinas e invasiones extranjeras. Arróniz dedicó la mayor parte de su obra a la historia patria, lo que atestiguan sus tres manuales, y consideraba a la Ciudad de México como cuna de la mexicanidad. En aquella época, historia y literatura continuaban estrechamente ligadas, ambos campos humanísticos en la mitología griega tenían por musas a dos hijas de Mnemósine, diosa de la memoria.

Se ha mencionado que Marcos y sus padres vivieron durante algunos años en España, país en el que nació su hermana Justina. Años más tarde, tratando de ahogar una profunda desilusión amorosa, Marcos Arróniz salió de México y describió el paisaje del último tramo de su recorrido antes de embarcarse en el puerto de Veracruz para zarpar a Europa. De manera fina y detallada, el poeta retrató la lava petrificada, la neblina, la vegetación, el celaje, las chozas y los cuadros campestres y naturales ricos en color, formas y líneas⁴⁶. El viaje lo emprendió en 1849,

⁴² MILLÁN, M. del C. Cronología de Manuel Eduardo de Gorostiza. Op cit., p. 121. MONSIVÁIS, C. Del saber compartido en la ciudad indiferente. Op cit., p. 93. Es importante recordar que Manuel de Gorostiza fue el padre del segundo marido de la hermana de Marcos Arróniz.

⁴³ FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., pp. 143 y 145-146.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 132.

⁴⁵ CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 44.

⁴⁶ ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., pp. 281-284.

abandonando de manera espontánea el terruño y arribando a la patria de su padre se apostó en la región española de Andalucía⁴⁷, lugar de donde provenían sus primeros recuerdos. Se desconoce si el viajero recorrió otros países.

No curado de su mal de amores, a su regreso a México, el joven poeta quiso extinguir sus sinsabores a través de la carrera de las armas. Participó como edecán del director de Artillería, el general Martín Carrera, a quien en Toluca, el presidente Antonio López de Santa Anna le otorgó el mando del ejército que operaba en aquella zona durante la Revolución de Ayutla en mayo de 1854⁴⁸; para ese entonces, el general se desempeñaba como gobernador del Distrito Federal y ya se había convertido en suegro del hermano de Marcos.

Después, Arróniz participó en defensa del conservador Plan de Zacapoaxtla batiéndose el 8 de marzo de 1856 en la batalla de Ocotlán, Puebla, comandada por el general Leonardo Márquez, futuro *Tigre de Tacubaya*. Durante la jornada, refiere Arróniz que su caballo fue alcanzado por un cañonazo. Luego del fallido combate, las maltrechas tropas opositoras al gobierno liberal se refugiaron en la ciudad de Puebla bajo las órdenes de Antonio de Haro y Tamariz; atrincheradas en la ciudad, después de varios ataques del ejército gubernamental perpetrados entre el 9 y 21 de marzo, las fuerzas rebeldes capitularon⁴⁹.

Mientras Arróniz participaba con el bando conservador, su compañero de asociación literaria, Ignacio Manuel Altamirano, colaboró con el grupo liberal. Otros de sus amigos también se decantaron por esta última corriente, tal fue el caso de Florencio M. del Castillo y Juan Díaz Covarrubias⁵⁰. Uno de los integrantes del Liceo Hidalgo, Luis G. Ortiz, refirió que el liberal Francisco Zarco mencionó en una de las tertulias, en presencia de Arróniz, que “[...] con su gracia delicada y al ver á aquel jóven fino, ataviado con los arreos del soldado, le llamaba *La doncella de Orleans*, frase que hacía á Arróniz fruncir más aún el entrecejo”⁵¹.

La causa vencida que defendió Arróniz lo condujo a la privación de su libertad por órdenes del presidente de la República, Ignacio Comonfort, y en esa precaria e incierta condición, al interior de una “[...] estrecha prision [...]”⁵² –de la que el escritor no menciona su ubicación–, reveló que durante su encierro escribió la mayor parte de su *Manual de Historia y Cronología de Méjico*. De acuerdo con Marcos Arróniz, con las primeras leyes reformistas –Ley Juárez, Ley Lerdo y Ley Iglesias– “[...] no ha avanzado el país en su ejército, marina, comercio, agricultura, minería, hacienda; las conspiraciones han continuado sin término, se ha derramado mas sangre mejicana y el porvenir de nuestra adorada patria está todavía muy sombrío”⁵³.

⁴⁷ CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 12. FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., pp. 137-138.

⁴⁸ ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. Op cit., p. 394.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 297-305.

⁵⁰ FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., pp. 133-134 y 138-139.

⁵¹ ORTIZ, Luis G. Prólogo. En: CASTILLO, F. M. del. *Obras completas*. México: Imprenta de la Calle de Santa Teresa, 1872, p. VII.

⁵² ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. Op cit., p. 306.

⁵³ *Ibidem*.

4. Marcos Arróniz y su obra

En el ocaso de su vida, Arróniz publicó tres manuales: el *Manual de biografía mejicana, ó galería de hombres célebres de Méjico*, fechado en octubre de 1856 y publicado en 1857; el *Manual de Historia y Cronología...*, texto finalizado en 1857 e impreso en 1858, mismo año en que apareció el *Manual del viajero en Méjico...*, el cual fue concluido en mayo de 1857. En esa época proliferaron los manuales de muy diversa índole: historia y ciencias eclesiásticas; moral, filosofía, derecho y política; ciencias físicas y matemáticas, agricultura, minería e industria; historia y geografía, comercio, navegación y arte militar; literatura; bellas artes y artes mecánicas; siendo éstos los siete grandes rubros en que se insertó la gran variedad de manuales sobre contenidos específicos que integraban la *Enciclopedia Hispano-Americana*, editada en París por la Librería de Rosa y Bouret, imprenta que publicó los tres manuales preparados por Arróniz.

El propósito pedagógico del autor en el *Manual de biografía mejicana...* fue instruir a la juventud sin que la lectura del texto representara el mayor denuedo mental. Arróniz estaba convencido que aquel grupo poblacional era depositario del glorioso futuro de la nación y fue con el afán de contribuir a su formación por lo que elaboró una historia patria compendiada y presentada a través de las biografías de los hombres ilustres: héroes, militares, artistas y sabios que habían contribuido a forjarla a lo largo de todas las etapas de su historia. Las 80 biografías se encuentran organizadas alfabéticamente y ocupan 327 páginas; y es justamente la forma en que el autor decidió presentar las vidas de estos individuos lo que hizo extremadamente difícil que la recopilación cumpliera con su objetivo, ya que las semblanzas carecían de una organización cronológica –elemento inseparable de la disciplina histórica, y menos aún, se establecen relaciones que pudieran explicar los procesos históricos de la biografía patria. Para el autor, los acontecimientos políticos que modificaron la fisonomía del país era posible retenerlos en la memoria mediante historias de vida; al igual que el progreso moral, intelectual y físico que había experimentado México. A través de la biografía, Arróniz se propuso condensar los avances científicos, literarios, materiales y militares; así como resaltar los factores de prosperidad alcanzados en el país y las ilusiones y desencantos que había vivido la nación.

En el preámbulo del *Manual de historia...*, el autor –quien no se consideraba historiador– afirma que preparó un texto que presentara un panorama general de la historia patria y se preciaba de ser el primero en registrar tan enorme cantidad de sucesos relevantes de manera conjunta. Para su escrito, utilizó como fuente las obras de algunos compatriotas de las cuales extractó su contenido. De acuerdo con Arróniz, la parte histórica de su texto abarca desde la conquista de México hasta los días que a él le tocaron vivir. Previo al inicio de la narración de los acontecimientos históricos de aquella amplia temporalidad y que conforma la primera parte del libro, el autor diserta acerca de la inexistencia de una historia de la Historia, de sus métodos y escuelas. Tratando de subsanar ese vacío, el poeta conduce al lector por una revisión de historiadores griegos, latinos, alemanes, ingleses, italianos, españoles y mexicanos. La segunda parte de su obra es una cronología que incluye las casas reinantes españolas y los virreyes novohispanos que las representaron; en un tercer apartado trata las efemérides mexicanas correspondientes a las diferentes

etapas de la guerra de Independencia, en donde incluyó una galería de los arzobispos de México; la última sección del libro la dedicó a los gobiernos que tuvo el país desde que se separó de su metrópoli: regencia, imperio, poder ejecutivo, federación, centralismo y restablecimiento de la federación, todo ello expuesto en poco más de cuatro centenas de páginas.

En las páginas que siguen se abordará la visión que sobre el país y su gente tenía aquel joven compatriota, lo cual queda plasmado en las 298 páginas del *Manual del viajero en Méjico...* En la introducción del libro, Arróniz hizo mención de las fuentes de las que se sirvió para la confección de este manual: el *Diccionario* impreso por el señor Escalante⁵⁴; textos de publicaciones periódicas; copia de noticias relevantes de autores de renombre que en ocasiones fueron extractadas por él; así como noticias y observaciones propias y escritos originales de su autoría. El creador de semejante esfuerzo aspiraba a que su libro fuera de utilidad para los mexicanos y los extranjeros que visitaran el país.

Marcos Arróniz inició su obra informando acerca del origen y desplazamiento que realizaron los antiguos mexicanos a través de una larga, por la distancia, y duradera, por el tiempo transcurrido, peregrinación, hasta llegar al sitio en que fundaron la gran Tenochtitlan, dos siglos antes de la conquista española. La ciudad prehispánica fue asentada en un amplio valle ocupado por aguas lacustres sobre las que descansaban varios islotes. Arróniz mencionó elementos relativos a la religión mexicana; se detuvo en presentar los palacios, templos, fuerte y plazas que erigieron los aztecas; las cuatro calzadas que comunicaban a la ciudad con la tierra firme, los canales que trazaron y los estanques y puentes que construyeron; el mercado que establecieron, la variedad de productos que comerciaron y el sistema de siembra que desarrollaron en las chinampas; los espléndidos jardines de flores que cultivaron, la colección de animales y personas con defectos físicos que atesoraron, y el arsenal que se acumuló en aquella Venecia Azteca⁵⁵.

Luego de describir en un primer capítulo el esplendor de aquella antigua ciudad, Arróniz conduce al lector a un segundo apartado en el que presenta a la nueva ciudad en la que a él le tocó vivir; una urbe de calles anchas, rectas y empedradas, que edificaron los conquistadores sobre las ruinas de la erigida por los mexicanos. En el tiempo en que Arróniz la habitó, la urbe se abastecía del agua que le proporcionaban dos acueductos; su población se calculaba en doscientas mil personas, para cuya subsistencia el autor enumeró la cantidad de ejemplares de ganado mayor, menor y aves que demandaba, así como los tantos de maíz, harina de trigo, pulque, aguardiente y aceite que se consumían. Enseguida, hizo un recuento de los diversos profesionistas, pintores, escultores y de quienes desempeñaban variados oficios. Ubicó los puntos de la ciudad en donde se aglutinaban los coches, ómnibus y carretelas de alquiler, comentando las ganancias que producían⁵⁶.

⁵⁴ El autor se refiere al *Apéndice del Diccionario Universal de Historia y Geografía*, editado por la imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, publicado en 1855. El conjunto de artículos relativos a la República Mexicana fueron recogidos y coordinados por el insigne Manuel Orozco y Berra.

⁵⁵ ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., pp. 7 y 17.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 38-39.

El autor proporcionó detalles acerca de la división administrativa que guardaba la municipalidad de México, segmentada en cuarteles mayores, menores y manzanas; puntualizó el número de calles, callejones, barrios, plazas y plazuelas, puentes y casas de piedra, que para ese entonces alcanzaban la cifra de 4,100. Después, comentó acerca del hermoso aspecto que presentaba la capital a los visitantes: la rectitud de las calles que permitían alargar la vista hasta el campo y las montañas que circundaban el valle; la ciudad contaba con fuertes y bellas edificaciones pintadas de colores pálidos; en los recorridos matutinos se podía contemplar a las jóvenes capitalinas dirigirse a escuchar misa; las arterias de la ciudad se poblaban de indios vendedores, aguadores y rancheros montando caballos. En la calle de Plateros, por donde circulaban los carruajes de la aristocracia, había tiendas que ofrecían ropa de moda francesa y establecimientos de modistas de la misma nacionalidad; asimismo se alojaban peluquerías que expendían artículos de tocador. Arróniz hizo hincapié en que en el portal de Mercaderes había muy buenas librerías, sombrererías europeas y mexicanas; se exhibían muñecos elaborados con distintos materiales y demás artículos atractivos para los niños; por el contrario, los cajones de ropa de la calle de Monterillas contenían ropa de menor calidad. El autor daba cuenta de las direcciones de las más importantes imprentas de la ciudad, así como de las librerías de mayor renombre y los tres mejores establecimientos de litografías que ilustraban los más notables periódicos literarios. Enlistó las mejores fondas y cafés, algunas de ellas situadas en hoteles de renombre, los diez y nueve mesones principales, las más importantes cervecerías, zapaterías, mercerías, expendios de frutas y figuras de cera, armerías, carrocerías, pensiones de caballos, herrerías, cerrajerías, plomerías, tapicerías, panaderías nacionales y extranjeras, pastelerías, dulcerías, lecherías, tintorerías y baños públicos⁵⁷.

Arróniz informó a sus lectores, de manera detallada, acerca del sistema de diligencias con que contaba la capital, ya que anotó la totalidad de las líneas: la que conducía al puerto de Veracruz, la del interior que llegaba hasta Tepic, la de Morelia, la de Cuernavaca, la de Pachuca, la de Cuautla y otras que alcanzaban sitios más cercanos; los destinos a los que se dirigían, los días y horas de salida, los precios, la duración del viaje, los puntos de intercambio de animales y los sitios en los que se avituallaban y pernoctaban los viajeros. También dio cuenta de la Administración de Correos, especificando los horarios del establecimiento, el día de la semana en que llegaba la correspondencia de las diversas regiones del país y los días en que salía a esos mismo destinos. El autor hizo un breve recuento de la introducción y expansión del telégrafo, los sitios a los que se extendía la comunicación electromagnética y el precio de los mensajes en función del número de palabras que contuvieran⁵⁸.

Después de lo anterior, Arróniz proporcionó información de las órdenes religiosas masculinas asentadas en la ciudad, la fecha en la que se establecieron, las provincias que crearon y el número de conventos que erigieron en el país. Lo mismo apuntó acerca de los conventos para religiosas; pero además, consignó la cantidad de fincas rústicas y urbanas que poseían las diversas órdenes religiosas

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 40-47.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 47-54.

masculinas y femeninas y las sumas de dinero que producían sus propiedades. Expuesta la situación del clero regular, Arróniz apuntó el nombre de la primera parroquia que existió y su posterior consagración como catedral, así como su nueva edificación, detallando su planta, medidas, contenidos, el peso de algunas de sus joyas y, a grandes rasgos, parte de la historia de su fabricación, la cual se extendió por 94 años. Posteriormente, hizo un recorrido por las diversas y numerosas parroquias de la ciudad, iglesias de las órdenes religiosas y colegios, aportando datos históricos en cada caso; asimismo, elaboró un recuento de los panteones públicos y la legislación que permitió su funcionamiento⁵⁹.

Una vez descritas las edificaciones religiosas, la narración del autor abordó aspectos relativos a las más importantes construcciones civiles, iniciando por el Palacio Nacional, antigua propiedad de Hernán Cortés y sus descendientes hasta 1562, año en que fue adquirida por la Corona española para albergar a los virreyes; remodelada a finales de la centuria siguiente, Arróniz incluyó la descripción de cada uno de sus espacios y ~~en~~ para qué fueron utilizados. A continuación, su relato se encaminó a tratar del edificio que albergaba al ayuntamiento de la ciudad, remontándose a los primeros usos que tuvo dicha construcción; mencionó que en 1692, a causa del famoso motín que se produjo ese año, la edificación fue incendiada y la imagen que presentaba cuando escribió el *Manual...* correspondía a la reconstrucción de que fue objeto; el autor proporcionó las medidas del inmueble, los materiales utilizados para su construcción e informó sobre las oficinas que ahí se encontraban instaladas: ayuntamiento, cárcel municipal, gobierno del Distrito y lonja; sobre ésta, detalló las actividades comerciales que se concertaban ahí, así como las viviendas de particulares que existían en dicha edificación. Por aquel entonces, el zócalo contaba con los portales de Mercaderes, el de las Flores y el de Agustinos, mencionando las actividades que concurrían en cada uno de éstos. Después, el escritor se enfocó a discurrir acerca de los cuatro mercados que existían: el del Volador, el de Iturbide, el de Santa Catarina y el Villamil, de los que apuntó sus características y ofreció detalles arquitectónicos e históricos⁶⁰.

El ensayista trató sobre los lugares de esparcimiento y diversión, iniciando por los paseos: Bucareli, la Viga y la Alameda; para cada sitio ofreció su respectiva descripción y los ubicó en el contexto histórico de su aparición. De ahí, Arróniz hizo un recorrido por los teatros y su historia: Iturbide y Gran Teatro de Santa Anna o Nacional, y cinco teatros más de importancia arquitectónica menor. También apuntó que en las diversiones ciudadanas las corridas de toros adquirían una gran relevancia⁶¹.

La ciudad contaba con una decena de hospitales, cinco de los cuales eran sostenidos por particulares o corporaciones. Con los recursos del ayuntamiento se financiaban las vacunas que se aplicaban a los niños, siendo beneficiados de dos mil a tres mil infantes cada año. También existían otras instituciones como el Asilo para mendigos, Casa de corrección para jóvenes, Casa de cuna, Hospicio de pobres

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 54-98.

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 98-108.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 109-115.

y Monte de piedad de ánimas⁶².

Arróniz destacó la existencia en México de las Academias de Lengua y la de Historia, creadas, ambas, en 1835 y restablecidas en 1854; otra institución destacable fue la Sociedad de Geografía y Estadística, formada en 1839. También existían la Sociedad de Mejoras Materiales y El Ateneo. Otras sociedades eran la de San Juan de Letrán, El Liceo Hidalgo y la Academia de Sócrates, las cuales no continuaban trabajando para cuando él redactó su texto. Un importante repositorio cultural era la Biblioteca de la Catedral que contaba con 12,295 volúmenes, además de 131 manuscritos. La Biblioteca de la Universidad resguardaba 3,410 textos. Distintos acervos pertenecían a las bibliotecas de las órdenes religiosas del clero regular y a colegios; las más importantes pertenecían al Colegio de San Idelfonso, con 6,000 volúmenes, San Gregorio, con 5,461 y, la mayor, era la de San Juan de Letrán con 12,161 libros. El autor continuó su narración haciendo una remembranza histórica de la Universidad, iniciando con su fundación, tamaño y decoración; aludió incluso a las materias que se impartían en las diversas aulas, acerca del Museo Nacional que aquélla albergaba, refirió los avatares por los que había transitado la institución y la multitud de actos que cobijaba en detrimento de la enseñanza de las ciencias. Posteriormente, Arróniz dio cuenta del Colegio de San Idelfonso y el de San Juan de Letrán, de los que presentó algunos datos históricos; continuó con el Colegio de Minería, a cuyo inmueble consideraba el más suntuoso de la ciudad – después de la Catedral– detalló la forma en que se realizó la compra del predio y que el proyecto se entregó a Manuel Tolsá como director de la obra. Enseguida, Arróniz introduce al lector a la Escuela de Medicina, en cuyos tiempos ya estaba establecida en el antiguo edificio que albergara a la Inquisición. Enlistó también al Colegio del Seminario, el Colegio Militar, el Colegio de Niñas, fundado en 1548, la Academia Nacional de San Carlos, sobre la cual se explayó el autor, concluyendo su exposición acerca de las instituciones culturales y educativas, regresando al Museo Nacional y su descripción⁶³.

El poeta consagró el tercer capítulo del *Manual del viajero...* al estudio de las costumbres que su aguda visión le permitió observar con detalle en la Ciudad de México y poblaciones aledañas. La finísima sátira elaborada por Arróniz acerca de las extravagancias y debilidades que percibió en los usos y costumbres de sus compatriotas no eran para él privativas de los mexicanos, ya que consideraba que las diversas formas de lo cotidiano en las distintas sociedades también presentaban ridiculeces y flaquezas porque eran inherentes a la condición humana. En este capítulo, Marcos Arróniz obsequió al lector un cuadro costumbrista con un tinte jocoso, a la vez que satírico, al discurrir sobre el padrinazgo, los días de campo y los sepelios de ricos y pobres, mientras que otras prácticas capitalinas las retrató con pinceladas románticas, benevolentes e idealizadas⁶⁴.

⁶² Ibídem, pp. 116-118.

⁶³ Ibídem, pp. 118-128.

⁶⁴ Este apartado no será abordado en las presentes líneas porque ya ha sido tratado. ILLADES AGUIAR, L. El colorido local desde la mirada de un romántico. En: HUERTA JARAMILLO, A. M.D. e ILLADES AGUIAR, L. (coords.). *Trayectos del fulgor. Libros y viajes en la circulación de saberes. Siglos XVI al XXI*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2016, pp. 65-83.

El cuarto apartado del *Manual...* está exclusivamente dedicado a la literatura. En esta bella arte, Arróniz sustentaba la riqueza cultural de su patria y se remitió a los orígenes de la poesía emanada de los pueblos mesoamericanos que confluyeron en la Meseta del Anáhuac, inspirados en la grandeza de la naturaleza de aquellos lejanos tiempos y producida por la avanzada civilización que allí habitaba. Reconoció que sólo algunas muestras de aquella poesía silvestre se habían preservado hasta sus días, en virtud de que aquellas culturas carecían de un alfabeto. A lo anterior se aúna el hecho de la devastadora conquista española que por su consabido fanatismo religioso fue responsable de la destrucción de significativas muestras culturales producidas en el mundo prehispánico; de manera particular, denunció a fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, como el artífice de la pira que se dispuso en el mercado de Tlatelolco en el que fueron incendiados irre recuperables objetos de las culturas originarias de México. De lo poco que se preservó existían algunos cantos atribuidos a Netzahualcóyotl y agradeció a José Joaquín Pesado la recopilación de poesías de los antiquísimos cantos mexicanos. Arróniz rescató las figuras de Fernando de Alba Ixtlixóchtli, descendiente de los señores de Texcoco, intérprete del virrey y traductor de varias comedias de Lope de Vega; y la de Tezozómoc, para después lamentarse de tener que incursionar en el aislamiento de los claustros novohispanos a fin de acercarse a las obras literarias que se produjeron en el periodo novohispano. Ahí encontró textos del agustino Agurto, del dominico Agüero y de Bautista, discípulo de Torquemada. Enseguida, se remitió a la poesía del Siglo de Oro con Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, Lope de Vega, Tirso de Molina, Miguel de Cervantes Saavedra y Luis de Góngora y Argote, entre otros⁶⁵.

Arróniz lamentó que mientras en España emergía esa pléyade de autores, México se encontraba huérfano de producción literaria y no sería, sino hasta el siglo XVII, que en la Nueva España surgieron tres ilustres literatos que contribuyeron decisivamente al desarrollo de las letras mexicanas: sor Juana Inés de la Cruz, la monja célebre, Juan Ruiz de Alarcón, el insigne dramático, y Carlos de Sigüenza y Góngora, el grandioso bardo y cosmógrafo. El poeta decimonónico puntualizó las peculiaridades de la obra de cada uno de ellos. A falta de más producción literaria, Arróniz se acercó a los historiadores, entre los que reconoce las ilustres producciones del poblano Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y del veracruzano Francisco Xavier Clavijero. También celebró el descubrimiento del monumental Calendario Azteca o Piedra del Sol, –cuyo peso rebasa las 24 toneladas– por Antonio de León y Gama, admirador de las antigüedades del México prehispánico y estudioso de su mitología, cosmogonía, escritura jeroglífica, aritmética, astronomía y astrología⁶⁶.

El poeta destacó la producción literaria de finales del periodo novohispano y a los autores que intentaron contribuir al desarrollo de las letras mexicanas a través de las odas independentistas. Mencionó que a la par de Nicolás Fernández de Moratín que descollaba en España, el mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza lo secundó, autor en quien destacó su comicidad y conocimiento de las costumbres, expresadas ambas mediante un pulcro lenguaje y elegante estilo; además, lo consideró un astro

⁶⁵ ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., pp. 177-185.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 186-200.

dentro del teatro español de la época, ya que vivió durante muchos años en España. En este punto, cabe recordar que la hermana de Marcos Arróniz desposó a uno de los hijos del dramaturgo. Arróniz observó que las plumas de destacados mexicanos se dedicaron a escribir en la prensa para apuntalar la edificación de las instituciones liberales, empresa que fue en detrimento de los avances de los diversos géneros literarios hasta la aparición del poeta Manuel Carpio. Para Arróniz, fue notable la pluma de José Joaquín Pesado; asimismo, mencionó la producción poética de José Bernardo Couto y José María Lacunza, quienes dedicaron gran parte de su actividad a la vida política nacional. El autor destacó las características de la producción literaria de cada uno de sus compatriotas⁶⁷.

El joven poeta celebró el nacimiento de la Academia de literatura de San Juan de Letrán como una sociedad compuesta por aquellos que eran amigos de las letras; espacio constituido como una república literaria en el que se analizaban los escritos que sus autores presentaban. El poeta hizo hincapié en que dentro de la academia, la jerarquía se establecía a partir del talento de sus integrantes; también se discutía acerca de los modelos de la literatura y las escuelas que produjo, así como de las reglas que la convertían en una de las bellas artes. Destacados escritores de aquella república fueron Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, el poblano Alejandro Arango y Escandón, Ramón Isaac Alcaraz, los hermanos José y Vicente Sebastián Segura, Félix María Escalante, José María Lafragua, Manuel Payno, José María Roa Bárcena, Pablo J. Villaseñor y José María Vigil, entre otros, quienes expusieron su obra a través de publicaciones en varias asociaciones literarias. De acuerdo con el autor, el decaimiento de la Academia se debió a la desertión de sus integrantes, quienes se dedicaron a participar en las tribunas parlamentarias, ocupando cargos en los ministerios nacionales y legaciones extranjeras; se dedicaron a las imprentas políticas, desarrollaron sus carreras profesionales y hubo a quienes les sobrevino la muerte de manera temprana. Para Arróniz, la versatilidad y falta de constancia son propias del carácter de los mexicanos, quienes de manera entusiasta y con ahínco iniciaban una causa para abandonarla después con suma indiferencia, lo que llevó al nacimiento y extinción de varias asociaciones literarias⁶⁸.

Al decir de Arróniz, a esta generación de escritores sucederá la que emergió de un grupo de jóvenes ignorados por la república de las letras, quienes fundaron el Liceo Hidalgo el 15 de septiembre de 1850. Para conmemorar el primer aniversario de su fundación, los integrantes del Liceo obsequiaron una función literaria. Parte de los integrantes de la nueva asociación provenían de la Academia de Letrán, la cual había desaparecido por carecer de organización, pues no contaba ni siquiera con reglamento. Por ello, en el Liceo se nombró presidente, secretario, tesorero y bibliotecario, de cada sesión celebrada en días festivos se elaboraba el acta respectiva, los socios pagaban una cuota para cubrir los gastos de la asociación y se inició la formación de la biblioteca de ésta. Presidieron el Liceo Francisco Granados Maldonado, Francisco González Bocanegra, el propio Arróniz y Francisco Zarco. Su postrera clausura sobrevino por el carácter nacional, la inestabilidad política en que vivía el país y las sempiternas guerras. La obra producida por varios de sus socios

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 201-204.

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 204-211.

vio la luz a través de periódicos políticos y publicaciones literarias, entre ellas destacaba la del impresor Ignacio Cumplido intitulada *Presentes amistosos á las señoritas mejicanas*, cuya belleza tipográfica fue reconocida al ser premiada en la exposición universal francesa. Destacados miembros del Liceo, por la calidad de sus publicaciones, fueron Francisco Zarco, Luis de la Rosa, Fidel –pseudónimo de Guillermo Prieto–, Francisco González Bocanegra, José Tomás de Cuéllar, Pantaleón Tovar y Florencio M. Castillo, entre otros. De la obra de cada autor, Arróniz distingue sus rasgos más significativos, sea por sus cualidades o por sus carencias. La pretensión de la reseña que hace el poeta acerca de los autores mencionados fue que el lector tuviera idea del movimiento literario mexicano⁶⁹.

El quinto capítulo de su guía de viaje, está dedicado al Valle de México, del cual aportó su extensión y forma, la descripción de la cordillera que lo circundaba señalando los nombres y altura de sus principales picos, los diferentes tipos de piedra que lo formaban, también dio cuenta de su terreno, así como de sus manantiales y aguas termales. Para el autor, la imagen que presentaba el valle era el de un admirable anfiteatro de montañas, llanos, lagos y flores entre los que se levantaba la Ciudad de los Palacios. Al conjunto que se presentaba ante la vista del espectador, Arróniz lo comparó con un inmenso castillo medieval e invitaba a mirar sus calles como las innumerables entradas, salidas y espacios de tránsito de una construcción feudal; sus patios los equiparaba a plazas medievales, las más hermosas edificaciones citaditas proponía observarlas como los majestuosos aposentos del castillo, las iglesias y capillas se corresponderían con los baluartes y torreones, la espesa Alameda semejaría el jardín medieval y los lagos de Texcoco y Chalco equivaldrían a sus fuentes. Cercanas a la ciudad de México se encontraban las poblaciones de Tlalpan, El Pedregal, La Magdalena Contreras, San Jerónimo, San Ángel, Mixcoac, Tacubaya, Chapultepec, Tacuba y San Joaquín; Arróniz también destacó la iglesia de los Remedios, la Colegiata de Guadalupe y la historia que dio pie a su edificación en el cerro del Tepeyac. En fin, invitó al lector a reparar en las haciendas, campos de cultivo, chozas, etcétera⁷⁰.

También describió los pueblos de Zacoalco, San Cristóbal Ecatepec, Otumba y San Juan Teotihuacan, cuna de las pirámides del Sol y de la Luna, de las cuales proporcionó sus dimensiones y describió los cuerpos que las forman, especulando sobre sus posibles constructores, quienes fueron parte de una civilización que carecía en ese entonces de nombre. Otro punto mencionado por el autor fue el castillo de Chapultepec y su historia desde la época de los aztecas. Tacubaya, pueblo en el que se asentaron lujosas casas de campo de las familias más acaudaladas de la capital, entre las que figuraban las de Manuel Escandón Garmendía, la de Guillermo Jamison, la de José Justo Gómez conde de la Cortina de Castro, la quinta Bardet de Manuel Romero Rubio, la del alcalde de Tacubaya Francisco María de Iturbe y Anciola, las de Algara, Carranza, la del general Martín Carrera y la de Manuel Eduardo de Gorostiza, cabezas de familias a las que habían ingresado sus hermanos. Algunas de las propiedades del pueblo de Tacubaya, Marcos Arróniz las describió tanto en su exterior como en sus interiores y en el caso de una de las casonas mencionadas incluso señaló su costo. Parece evidente que

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 210-215.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 217-221.

por el detalle que proporcionó Arróniz tuviese conocimiento personal de algunas mansiones, pues incluso hizo el recuento de la galería de pinturas de la casa de Escandón, quien había comprado ésta al conde de la Cortina. Otras de las edificaciones a las que hizo alusión fueron las del convento de San Diego y el edificio del Arzobispado; este último, ocupado por los presidentes de la República durante el verano⁷¹.

Otro punto ubicado en el valle de México que mereció la curiosidad de Arróniz fue el pueblo de Tlalpan, también llamado San Agustín de las Cuevas; sitio colmado de casas de campo en el que durante tres días de la semana de Pascua, ricos y pobres, ciudadanos y campiranos, viejos y jóvenes apostaban en las partidas de cartas para jugar los albures que se practicaban en esa temporada; también se organizaban peleas de gallos y bailes; pero el resto del año, al decir del autor, el poblado parecía cementerio⁷². La belleza del desierto de Cuajimalpa también cautivó la mirada de Arróniz y atrajeron su interés Mixcoac y Churubusco, escenario de la batalla del mismo nombre durante la invasión norteamericana de 1846 a 1848. Arróniz arguye, como causa de la derrota frente a los vecinos del Norte, los yerros y desacuerdos de los mexicanos, así como la falta de recursos. En esa campaña participó el prestigioso autor dramático Gorostiza⁷³, futuro suegro de la hermana del poeta.

El sexto y último capítulo del *Manual del viajero...*, Arróniz lo dedicó a lo que él consideraba las curiosidades del país. En primer lugar situó a la imponente caverna de Cacahuamilpa, considerada por el autor como la belleza natural más impresionante de México, contrastando la apreciación del viajero Bulloch, para quien el país carecía de maravillas naturales. Marcos Arróniz colocaba a la mencionada gruta por encima de otras localizadas en varios países europeos. El autor visitó Cacahuamilpa en dos ocasiones, 1851 y 1853, y describió poéticamente los varios salones por los que transitó. Enseguida, proporcionó detalles acerca de la zona arqueológica de Xochicalco y luego sobre el mineral de Real del Monte, reconoció la belleza de la cascada de San Miguel Regla y la de Peñas Cargadas⁷⁴.

Después, trasladó al lector a las curiosidades que estaban alejadas del centro del país e inició presentando ruinas prehispánicas zacatecanas, así como los vestigios arqueológicos que consideraba más importantes en el país: Palenque, en Chiapas, seguidos de los de Uxmal en Yucatán. Desde este punto, encaminó al viajero al Cofre de Perote, Veracruz, y al Aguacero de Zapopan, Jalisco, cuadro de hermosísima hechura⁷⁵.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 227, 232, 238 y 240-242. Arróniz describió prácticamente con las mismas palabras que Manuel Payno la mansión de Escandón Garmendía, por lo que es plausible suponer que el joven poeta tomó la información de un texto del aquel escritor. PAYNO, M. Tacubaya. *Noticias de la ciudad de México y de sus alrededores*: Artículos tomados del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* que actualmente se publica en esta capital. México: Tipografía de F. Escalante y C^a Cadena, 1855, pp. 407-408.

⁷² *Ibidem*, pp. 243-245.

⁷³ *Ibidem*, pp. 245, 247-250 y 252.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 257-258, 266 y 268-270.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 271, 277 y 281-285.

Marcos Arróniz finaliza el recorrido en el Cerro de Mercado, Durango. Se refirió a este prodigio de la naturaleza, único en el mundo, como una masa de fierro magnético que no derivaba, a su entender, del aerolito que supuso el célebre barón de Humboldt. La cantidad de fierro calculada a partir de la superficie, sin incluir el subsuelo, podía proveer a Inglaterra de ese metal durante 330 años. La cantidad extraída equivaldría en pesos a siete veces el oro y la plata acuñada en la Casa de Moneda de México entre 1690 y 1803. Para enfatizar la comparación, Arróniz, jugando con la imaginación de los potenciales lectores, propuso que si los pesos mencionados se dispusieran en hilera, su longitud sería igual a más de nueve veces la circunferencia de la Tierra, es decir, la distancia entre el planeta y su satélite; y si los pesos se colocaran uno sobre otro alcanzarían una altura de cinco mil quinientas leguas⁷⁶.

5. El infortunio del poeta

En el turbulento año de 1858 sobrevino el óbito de Marcos Arróniz del Conde y se especuló si su deceso se debía a la violencia endémica que azotaba al país o había sido producto del suicidio. El poeta veracruzano, Juan Díaz Covarrubias, quien sobrevivió a su amigo sólo cuatro meses, compuso una elegía para lamentar la muerte de Marcos: "*Hasta tumba cristiana te ha faltado/ y tu cuerpo marchito y destrozado/ en medio del camino yacerá*"⁷⁷. Otro amigo, también poeta, Luis G. Ortiz, escribió en 1872 lo siguiente: "[...] el poeta mártir, á quien como al Tasso se encerró en un hospital de dementes, en cuya terrible morada nosotros lo acompañábamos algunas horas ayudándole á traducir algunas poesías de Byron, para endulzar su amarguísima suerte; Arróniz decíamos, moria solo y miserable á manos de cobardes asesinos en el camino de Puebla, donde se encontró su cadáver lacerado por varias puñaladas [...]"⁷⁸.

Un destacadísimo liberal, Ignacio Manuel Altamirano, elaboró la siguiente estampa sobre Arróniz: "[...] como conspirador, había sido encerrado en una prisión, donde, como el Tasso, había comenzado á perder el juicio. Él me pagaba las visitas hechas en su cárcel y asistía á nuestras reuniones melancólico y abatido, pero siempre hablando de poesía, con su sonrisa triste y su palabra fácil y elegante, que vibraba como si quisiese traducir la amarga pena que se revelaba en sus ojos profundos"⁷⁹. También lo comparó con Lord Byron en los siguientes términos: "El gran poeta inglés era su modelo, su maestro, su favorito. Como él, era hermoso, enfermizo y escéptico; como él, había amado mucho y había sufrido tremendos engaños; como él también, manejaba bien las armas pero al contrario de él, no amaba la Libertad, al menos la combatió sirviendo al dictador Santa-Anna contra el pueblo [...]"⁸⁰. Tres décadas después de la muerte de Arróniz, Altamirano dio cuenta del suceso en el que había perdido la vida:

⁷⁶ Ibídem, pp. 288 y 290-292.

⁷⁷ CAMPOS, Marco Antonio. Op cit., p. 25.

⁷⁸ ORTIZ, Luis G. Prólogo. Op cit., p. VI.

⁷⁹ ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. Prólogo. En: FLORES, M. M. *Pasionarias*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1888, p. VIII.

⁸⁰ Ibídem, p. IX.

Poco tiempo después, pero en aquellos mismos días, se encontró su cadáver en el camino de Puebla, junto al *Agua del Venerable*, sin saberse cómo ni por qué estaba allí. Sospechóse un suicidio. Tal vez. Pero se dijo también que caminando Arróniz, solo, por aquellos bosques plagados entonces de bandidos, pudo más probablemente ser asesinado por éstos. Así murió uno de los más inspirados poetas de Méjico, el aristócrata entre ellos por su educación europea, por sus hábitos y aun por sus opiniones. Nosotros, revolucionarios y demócratas, respetábamos siempre sus ideas, de que por otra parte se abstenía de hablar en presencia nuestra, y respetábamos todavía más su desgracia y su talento, nublado ya por la demencia⁸¹.

Si bien, amigos y contemporáneos de Marcos Arróniz aventuraron suposiciones acerca de las causas del fallecimiento de su compañero de letras, ninguno de ellos logró esclarecer su deceso, ni la fecha en que éste ocurrió. Hoy en día, tampoco se puede afirmar qué motivó su muerte, pero sí se ha conseguido precisar el lugar y el día en el que fueron inhumados sus restos.

En el Libro de Entierros de la parroquia de San Salvador el Verde, distrito de San Martín Texmelucan, Puebla, he localizado el registro de la sepultura del joven poeta, el cual está datado el 20 de diciembre de 1858. El cura del sitio, Vidal Antonio Rodríguez Santiesteban, dejó asentado el primer nombre de pila y apellido paterno del difunto, pues seguramente portaba algún documento que lo identificaba; sin embargo, registró que se desconocía su origen, edad, estado y vecindad. Arróniz no portaba dinero y el curato absorbió los costos de la sepultura, según quedó anotado; además, se dejó constancia de la intervención de juez del lugar⁸², de lo que se colige que el cadáver fue recogido en el paraje en el que fue encontrado y se trasladó a la parroquia más próxima de donde ocurrió el deceso. Hay que recordar que esos caminos no eran ajenos a Marcos Arróniz, pues los había recorrido dos años atrás cuando participó en hechos de armas.

En el registro de Marcos no existe mención de la posible causa de su muerte, como se puede apreciar en el resto de las partidas de defunción del mismo libro. Por aquel entonces, sus conocidos sospecharon que había sido asesinado a manos de los forajidos que merodeaban en la región de Río Frío, pero la partida no consigna el uso de arma de fuego, arma blanca, golpes, ni tampoco alude a que el cadáver hubiera presentado señales de ahorcamiento. También se esparció el rumor de su probable suicidio ante la pérdida de cordura por aquel amor malhadado, pero de haberse demostrado que él mismo terminó con su vida no se le hubiera inhumado en la tierra sagrada de la parroquia. Tal vez, el atribulado poeta sólo perdió el deseo de vivir por el profundo abatimiento que padecía su corazón herido y deambuló por aquellos caminos en los que la muerte lo encontró.

⁸¹ *Ibidem*, pp. VIII-IX.

⁸² Partida de entierro. Archivo de la parroquia de San Salvador el Verde (APSSV), *Libro de Entierros Del Curato de S. [San] Salvador el Verde, y su Doctrina, dando principio en 17 de Abril de 1854, siendo Cura Pp^o. [párroco] D. [don] Vidal Ant^o. [Antonio] Rodrigues Santiestevan*, núm. 27, f. 113 vta. Manuel Mestre Ghigliazza, en *Efemérides biográficas (Defunciones-Nacimientos)*, texto publicado 1945, asegura que Marcos Arróniz fue acuchillado antes de la Navidad de 1858. FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. Op cit., p. 135.

El cuerpo del infortunado Arróniz, para quien el arte de Erato “[...] era el alma de la prosa [...]”⁸³, fue enterrado exactamente hace diez y seis décadas en el atrio de la parroquia que erigida en el siglo XVI fue dedicada al Divino Salvador, en donde actualmente se lee la anotación siguiente: “Este es un lugar sagrado. Aquí se hallan sepultadas más de 20 generaciones de pobladores”. Así, las anónimas cenizas del guanajuatense reposan en medio de las centenas de poblanos.

El pueblo de San Salvador el Verde se localiza a una altura de 2,400 metros sobre el nivel del mar. Al día de hoy lo habitan alrededor de 2,300 personas. El mayor atractivo natural del lugar es la espléndida vista que desde el atrio parroquial ofrece el Iztaccíhuatl, volcán varias veces descrito por el poeta, cuya cresta más elevada alcanza 5,286 metros de altura y está rematada por nieves cuasi perenes.

6. Conclusiones

Marcos Arróniz finalizó su pionero y extraordinario *Manual del viajero en México* con la esperanza de que el contenido de su texto fuera suficiente para demostrar que su patria merecía la visita y estudio de los viajeros instruidos y neutrales, dada la riqueza cultural y natural que poseía México. Agradeció a los viajeros ilustrados que hicieron una valoración objetiva de lo que era el país y su gente, a quienes les expresó su reconocimiento y estima; en cuanto a los que no habían justipreciado a la nación mexicana les entregaba un bosquejo de las riquezas que guardaba, porque a pesar de haber recorrido el país no lo habían visto, o bien, lo observaron y dibujaron a través de una mirada que entrañaba una nociva intención⁸⁴; a partir de su “civilizada” visión calificaron de “bárbaro” al pueblo que habían visitado.

Para el culto y sensible joven Arróniz, su patria era digna de ser recorrida por viajeros extranjeros que valuaran los mil objetos de recreación y magnificencia con que contaba México. Exaltaba el esplendor de la capital del país y a sus interesantes y animados pueblos aledaños; resaltaba el patrimonio edificado desde la época prehispánica hasta los días en que escribió, así como su historia y su poesía. Insistía en reconocer a los ilustres viajeros cuya mirada constituía un calibrado testimonio sobre México y reprobaba a quienes describieron al país a partir de su fantasía y con propósitos viles⁸⁵. El poeta percibía a sus compatriotas como suaves, francos, hospitalarios y bizarros cuando la situación lo demandaba; además, estaba convencido de que los mexicanos mostraban una afortunada habilidad para el arte y las ciencias, a diferencia de quienes sostenían que no sabían crear, sino sólo copiar. También consideraba que el país contaba con talentosos y notables políticos que formaron una pléyade de mexicanos que habían sido admirados por ilustrados europeos, a pesar de los dichos del francés Michel Chevalier –quien estaba convencido de que los hispanoamericanos eran una raza de venas empobrecidas que no dejaría posteridad, a diferencia de los estadounidenses a los que les auguraba un buen futuro– y de las impresiones de Isidore Löwenstern⁸⁶. El conde austriaco, en su libro *Recuerdos de viaje*, publicado en 1843, un lustro después de

⁸³ ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. Op cit., p. 12.

⁸⁴ ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., pp. 292-293.

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 292-293.

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 173-174.

haber visitado México, consideró que por su pasado y presente, el futuro de la naciente nación se vislumbraba caótico y se empeñó en denigrar a la cultura de los mexicanos y su forma de gobierno. Calificó al país como una nación depravada por su desenfreno, visible éste en su ineptitud para gobernarse por sí misma, producto de la inferioridad americana⁸⁷. Su estancia en México coincidió con la llamada Guerra de los Pasteles, mientras que el escritor galo lo visitó tres años atrás.

Arróniz explicaba que la inestabilidad que se le había imputado al pueblo de México no era tal, sino que obedecía a las distintas fases por las que había transitado aquel pueblo novato que por impericia había realizado diversos ensayos para lograr sus fines al intentar imitar el modelo europeo. Para Marcos Arróniz, las continuas etapas de convulsión que vivió la incipiente nación derivaban de las ambiciones de algunos, de su gran extensión territorial, de su escasa población y de la diversidad que ésta presentaba, lo que provocaba la existencia de múltiples intereses incompatibles. Para el romántico poeta, la desigualdad que presentaba México dañaba el equilibrio social por lo que era indispensable el establecimiento de un gobierno que supiera manejar los diferentes resortes que movían a los mexicanos. El poeta vislumbraba que superadas las crisis vividas por su pueblo, éste conseguiría su legítimo lugar, pues habiendo asimilado el pasado garantizaría su futuro y se colocaría en el sitio que le hubiese fijado el favor divino entre las naciones desarrolladas del mundo; sin embargo, si no fuese así, confió que esa era su sentida aspiración para su patria⁸⁸.

El joven Arróniz –ese “[...] de tez ligeramente rosada, de facciones casi femeniles; pero con las cuales contrastaba su aspecto grave, su frente rugosa, su mirada varonil y la inmovilidad de sus delgados labios que apenas sombreaba un ligero bozo, negro como su riza y negra cabellera [...] vestido con delicada elegancia y que tenía la concentrada gravedad de un inglés, era [...] severo y desencantado [...] y] hablaba muy poco aún entre sus amigos [...]”⁸⁹– se esforzó desde una trinchera opuesta a la de muchos compatriotas, amigos y compañeros de la república literaria de la que formó parte por contribuir a establecer los soportes de la conciencia nacional, al presentar y explicar al país y pueblo al que dedicó la belleza de su escritura; sin embargo, no hay que soslayar que en la manufactura del perfil cultural de México y en la construcción del *ethos* y de la alteridad de los mexicanos, influyeron las visiones extranjeras.

7. Bibliografía

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. Prólogo. En: FLORES, M. M. *Pasionarias*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1888, pp. VII-XXIV.

ÁNGELES ESCOBAR, N. [et al.]. Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la ciudad de México. *Revista Investigación Bibliotecológica*. 2009, v. 23, n. 47, pp. 91-128.

⁸⁷ PIERINI, M. Un viajero austriaco en México. Op cit., pp. 9-10 y 20.

⁸⁸ ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico*. Op cit., p. 174.

⁸⁹ ORTIZ, Luis G. Prólogo. Op cit., p. VI.

- ARRÓNIZ, M. *Manual de biografía mejicana, ó galería de hombres célebres de Méjico*. París: Librería de Rosa, Bouret y C^{ía}, 1857. VIII-317 p.
- ARRÓNIZ, M. *Manual de historia y cronología de Méjico*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858. VI-426 p.
- ARRÓNIZ, M. *Manual del viajero en Méjico, ó compendio de la historia de la ciudad de Méjico, con La descripción é historia de sus Templos, Conventos, Edificios públicos, las Costumbres de sus habitantes, etc., y con el plano de dicha ciudad*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858. VI-298 p.
- BONNET VÉLEZ, D. De observadores a científicos (La naturaleza mexicana vista por los extranjeros, 1821-1840). *La Palabra y el Hombre*. 1996, n. 99, pp. 93-111.
- BRISEÑO SENOSIAIN, L. [et. al.]. *La Independencia de México. Textos de su Historia*, tomo II. México: Instituto Mora, Secretaría de Educación Pública, 1985. 301 p.
- CAMPOS, M. A. Estudio introductorio y compilación. En: ARRÓNIZ M. *La lira rota*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, pp. 10-54.
- CAMPOS, M. A. Vida y obra de Marcos Arróniz. *Literatura Mexicana*. 2005, v. 16, n. 2, pp. 117-157.
- CASTILLO, F. M. del. *Obras completas*. México: Imprenta de la Calle de Santa Teresa, 1872, pp. VI-XXXVI.
- COSTELOE, M. P. El panorama de México de Bullock/Burford, 1823-1864: historia de una pintura. *Historia Mexicana*. 2010, vol. LIX, n. 4, pp. 1205-1245.
- CUÉLLAR WILSS, L. Territorios en papel: las guías de forasteros en Hispanoamérica (1760-1897). *Fronteras de la Historia*. 2014, vol. 19, n. 2, pp. 176-201.
- DURÁN OÑATE, B. A. Guías y manuales de viajeros en el México decimonónico: tres visiones conservadoras del proyecto de nación. *Revista Oficio de Historia e Interdisciplina*. 2017, n. 5, pp. 61-72.
- ESPARZA LIBERAL, M. J. Los calendarios mexicanos del siglo XIX, una publicación popular. *Boletín de Monumentos Históricos*. 2010, n. 18, pp. 132-146.
- FERNÁNDEZ, Á. J. Marcos Arróniz y sus amigos del Liceo Hidalgo. En: CLARK DE LARA, B. y SPECKMAN GUERRA, E. (eds.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. III. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 131- 147.
- FLORES, M. M. *Pasionarias*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1888, pp. VII-XXIV.

- GONZÁLEZ CRUZ, E. (coord.) *Historia general de Baja California Sur II. Los procesos políticos*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; Secretaría de Educación Pública del Gobierno de Baja California Sur; Universidad Autónoma de Baja California Sur; Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Plaza y Valdés, 2003. 785 p.
- HERMOSA, J. *Manual de geografía y estadística de la República Mexicana*. París: Librería de Rosa, Bouret y C^{ía}, 1857. 256 p.
- ILLADES AGUIAR, L. El colorido local desde la mirada de un romántico. En: HUERTA JARAMILLO, A. M.D. e ILLADES AGUIAR, L. (coords.). *Trayectos del fulgor. Libros y viajes en la circulación de saberes. Siglos XVI al XXI*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2016, pp. 65-83, ils.
- ITURRIAGA DE LA FUENTE, J. *Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*. 4 tomos. México: Fondo de Cultura Económica, 1988-1992.
- LAMADRID, A. A. Guías de forasteros y calendarios mexicanos en los siglos XVIII y XIX, existentes en la Biblioteca Nacional de México. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*: Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, pp. 9-135.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel y PIÑERA RAMÍREZ, David. *Baja California. Historia Breve* [en línea]. México: Fondo de Cultura Económica, 2016. [Consulta: 17-12-2017]. Disponible en <<https://bit.ly/2Dj1OxF>>.
- MARTÍNEZ ANDRADE, M. El Manual del viajeros de Marcos Arróniz. *Literatura Mexicana*. 2011, n. XXII.I, pp. 75-97.
- MILLÁN, M. del C. Cronología de Manuel Eduardo de Gorostiza. *Tramoya*. 1999, n. 61, pp. 119-122.
- MONSIVÁIS, C. Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX". En: CLARK DE LARA, B. y SPECKMAN GUERRA, E. (eds.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. I. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 89-106.
- ORTIZ, Luis G. Prólogo. En: CASTILLO, F. M. del. *Obras completas*. México: Imprenta de la Calle de Santa Teresa, 1872, pp. VI-XXXVI.
- PAYNO, M. Tacubaya. *Noticias de la ciudad de México y de sus alrededores*: Artículos tomados del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* que actualmente se publica en esta capital. México: Tipografía de F. Escalante y C^a Cadena, 1855, pp. 405-411.
- PAZ, I. (ed.). *Los hombres prominentes de México, Les Hommes Éminents du Mexique, The Prominent Men of Mexico*. México: La Patria, 1888. 488 p.

- PEÑA, S. de la, WILKIE, J. *La estadística económica de México: sus orígenes*, México: Siglo XXI Editores; Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1994. 193 p.
- PIERINI, M. Un viajero austriaco en México. Los Recuerdos de Isidore Löwenstern (1838). *Literatura Mexicana*. 2003, vol. 14, n. 2, pp. 7-42.
- PIÑERA RAMÍREZ, D. y MARTÍNEZ CEPEDA, J. *Baja California 1901-1905: Consideraciones y datos para su Historia Demográfica, Considerations and data for Its Demographic History*. México: Universidad Autónoma de Baja California; Universidad Nacional Autónoma de México; San Diego State University; 1994. 334 p.
- RAMÍREZ RODRÍGUEZ, R. Atisbo historiográfico de la literatura viajera decimonónica en México. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*. 2013, n. 1, pp. 114-136.
- WALTHER MEADE, A. *Origen de Mexicali*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 1991. 170 p.
- ZORRILLA, José. *La flor de los recuerdos*. Madrid: Imprenta del Correo de España, t. I, 1855. 533 p.